LA AMORDAZADA

(LA BAILLONÉE)

DRAMA EN DOS PARTES Y 8 CUADROS

ORIGINAL DE

PIERRE DECOURCELLE Y PAUL ROUGET

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

José Zaldivar



EJEMPLAR FUERA DE VENTA

N.° ....

....

BARCELONA

1905



LA AMORDAZADA

La Amordazada

(La Bâillonnée)

Drama en 2 partes y 8 cuadros

ORIGINAL DE

P. DECOURCELLE

Adaptación á la escena española

por

JOSE ZALDÍVAR

VERSIÓN ESPAÑOLA

BARCELONA
Imprenta de Manuel Tasis
Tallers, 6, 8 y 10
1905

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PAULINA DE REVEL	23 años.	CAPARÓ.
ENRIQUETA	24 »	MUNTAL.
GERMANA	16 »	ROCA.
ISABEL	21 »	TRESSOLS.
TERESA BLANDAIN	30 »	GASSÓ.
LA DUEÑA DEL HOTEL		GIL.
ANITA, niñera		~~GIL.~~
MARGARITA / LUISA		MARÍA.
ANTONIA / CLARA — no hablan.		
UNA NODRIZA		~~GASSÓ.~~
JULIA, niñera		ROSAL.
LEOCADIA, criada		RODRÍGUEZ.
UNA INGLESA		~~GIL.~~
CRISTIAN, niño		RUBIO.
RAIMUNDO, niño		TRESSOLS.
ISABEL, niña		GUTIERREZ.
EL CONDE REVEL	60 años luego 76.	PARREÑO.
EL BARON DE TAVERNY	26 años luego 42.	PERELLÓ.
ENRIQUE MEGRET		CABRÉ.
CRISTIAN REVEL	20 años.	DELHOM.
RAIMUNDO MEGRET	21 »	GINESTET.
ANATOLIO	24 »	GUILEMANY.
EL COMANDANTE DEL PAQUEBOT «LA VILLA DE BLIDAH»		~~CABRÉ.~~
JULIO, mozo de hotel		~~RUBIO.~~
FERMIN, ayuda de cámara (viejo)		BLEY.
BERNARD, estudiante en medicina		~~Id.~~
UN SARGENTO DE GUARDIAS DE LA PAZ		~~RUBIO.~~
UN AGENTE		MAYMIR.
BEN MOURZOUK, comandante del «Filippe Ville»		~~Id.~~
UN VIAJANTE DE COMERCIO		PARREÑO (hijo)
UN INGLES		CARABELLIDO.
EL MAYORDOMO DE Á BORDO		BUSQUETS.
UN LACAYO		~~CARABELLIDO.~~

Paseantes, criadas, niñeras, costureras, pasajeros, marinos, niños, niñas, etc., etc.

La acción de los tres primeros cuadros se desarrolla en 1886, la de los cinco restantes en 1903.

PRIMERA PARTE

CUADRO PRIMERO

Sala modesta en casa de *Paulina*. Mueblario sencillo, pero de buen gusto.—Puerta de entrada á la derecha; puerta que conduce al interior á la izquierda.—Ventana al foro.

ESCENA PRIMERA

PAULINA y TERESA

(Al levantarse el telón hállanse las dos mujeres sentadas en un canapé y continúan la coversación empezada. *Paulina* viste de riguroso luto de viuda).

TER. Conque hace mes y medio?

PAUL. Era jueves y además festivo. Mal día para morir! El dolor es doblemente cruel junto á la expansión de los demás!

TER. Qué pena! Cuando ayer á mi regreso abrí esta esquela. (Leyendo) «El Vizconde Juan de Revel, ha fallecido á la edad de 27 años...» me sorprendió tanto!..

PAUL. Si, era joven todavía para que la muerte nos lo arrebatase.

TER, Por fortuna, te quedan los niños.

PAUL. Mis hijos me retienen en el mundo. Sin ellos yo hubiera seguido á mi Juan.

TER. Vas á seguir viviendo aquí?

PAUL. No lo sé... No sé nada. Mi cabeza vacila. Los pensamientos y las ideas flotan inseguros... Sin embargo, tendré que tomar muy

pronto una determinación. La necesidad lo exigirá..

TER. Tu suegro, pues, no cedió en su rencor?

PAUL. Ni cederá! Desde que su hijo le manifestó el firme y decidido propósito de casarse conmigo, el Sr. Revel declaró que jamás perdonaría á la que contra su gusto iba á formar parte de su familia.

TER. Y persiste ante la tumba de su hijo?.. El Conde es malo!

PAUL. No, no es malo, pero sí orgulloso, con una altivez de raza intransigente, indómita, que sofoca en él los demás sentimientos. Es un hombre chapado á la antigua sobre el cual ni el tiempo, ni el progreso, ni las revoluciones hicieron más mella que las que pudieron dejar en los muros de su castillo señorial. No es malo, prueba es que si me aborrece. en cambio su corazón de abuelo le atrae hácia los nietos, tanto, que á pesar de nuestros disentimientos, mi pobre Juan tenía que llevar los niños á casa de mi suegro cada quince días. Y los pequeños... la niña sobre todo, no desmiente la raza. La sangre roja que les infiltré en las venas no ha logrado alterar su sangre azul!

TER. No obstante, amiga Paulina, bien luchaste antes de ceder á las súplicas de Juan, resistiendo y contrariando tu corazón. Recuerdo tu tenacidad, tus esfuerzos para convencerle de que por honrada que sea una humilde obrera, hija de modestos tenderos, no puede aspirar...

PAU. Ay! Las fuerzas humanas tienen sus límites, y un día después de haber luchado contra todos sus razonamientos, fuí débil ante su desesperación, olvidé mis deberes bajo las caricias y las lágrimas del hombre á quien amaba! Aquel día fuí su mujer ante Dios!.. Quiso Juan que lo fuera también ante los hombres! He aquí mi falta... he aquí mi crimen!

TER. Tu suegro acabará por perdonarte.

PAUL. Todo se conjuró en contra mía. ¡Te acuer-

das de la horrible catástrofe, cuya víctima fué mi hermano, hace cinco años?

TER. Si la recuerdo?.. Pobre Enrique! Un muchacho tan cabal, tan bueno... cuya probidad debió ponerle al abrigo de toda sospecha, verse acusado de robo! Nunca puse en duda su inocencia!

PAUL. Yo tampoco! Mas para los jueces, si de una caja se sustraen 400.000 francos de la noche á la mañana, el cajero debe ser el ladrón!..

TER. Día llegará en que se haga justicia declarándose la inocencia de Enrique!

PAUL. Mientras tanto, ¡qué triunfo para el odio de mi suegro, haber sido condenado mi hermano en rebeldía! Y cómo supo el Sr. Revel hacer que semejante borrón recayera en mí!

TER. También algún día reconocerá su error!

PAUL. (Sacudiendo la cabeza) Jamás! Constantemente siento los efectos de su odio!.. Mira! ayer me escribió diciéndome que vendría esta tarde á verme. Qué puede pretender de mí?.. Qué nueva desgracia me anuncia con esta visita... tan en desacuerdo con su orgullo? No se nada, pero desde que leí su carta no vivo ni sosiego.

TER. Cálmate, tal vez se trate de una simple cuestión de interés que se proponga arreglar contigo.

PAUL. De intereses? Si no media ninguno entre nosotros. La madre de Juan carecía de fortuna. Yo nada tengo que esperar del señor Revel.... esto aumenta mis temores. ¡Oh! tengo miedo! tengo miedo!

TER. Te inquietas sin motivo, te lo aseguro.

PAUL. (Mirando el reloj de sobre la mesa) Las cinco y media. Anita que se llevó los niños á jugar al parque *Monceau*. Ya debía estar de vuelta. Dios mío, les habrá ocurrido algún accidente? (Extremeciéndose).

TER. Vamos Paulina, ten calma.

PAUL. Ah! si supieras cuánto sufro!.. Apenas me separo de mis hijos, tiemblo!

TER. Y no tienes noticias de tu hermano?

PAUL. La última carta suya que recibí hace dos

años, está fechada en Nueva-York, á cuya ciudad fué su mujer con su hijo para reunirse con él. No tengo más noticias y sospecho que todos habrán muerto. Dichosos ellos si han tenido esa suerte!

TER. (*Con reproche*) Paulina!..

PAUL. (*Con explosión*) Ah! Es que soy muy desgraciada! Vivír rodeada de enemistades y acechanzas como yo vivo, no es vivir!

TER. Salvo el señor Revel, nadie te amenaza!

PAUL. No lo creas, amiga mía. Otros peligros me cercan!

TER. Cuáles?

PAUL. Escucha, Teresa, ¡eres mi antigua compañera y nada quiero ocultarte. Pues bien... Por doquiera que voy... veo entre sombras una mirada implacable que me persigue sin cesar. Ya en vida de mi marido, un hombre, el Barón de Taverny, uno de los jóvenes estragados del día, para los cuales la virtud de una mujer importa poco, me había importunado con sus declaraciones; para evitar un escándalo guardé silencio devorando en él mis amarguras: pero ahora que Juan no existe, me veo perseguida, espiada... en la misma situación que la oveja acechada por el lobo. Ah! Más miedo me infunde este amor... que el odio del otro.

TER. Paulina mía!.. No dudarás del afecto que te profeso, verdad?

PAUL. No.

TER. Bueno! Permite, entonces, que te haga una proposición. Me figuro que los recursos que te dejó tu marido al morir se habrán agotado ó se agotarán muy pronto. Quieres venirte á vivir conmigo? Mi modesta tienda no es el *Louvre* ni el *Bon-Marché,* pero los negocios que realizo, me dán para vivir... y desde luego una persona de conciencia, activa, una compañera en quién pueda yo depositar toda mi confianza me hace falta para que mi casa prospere. Quieres tú ser mi asociada?

PAUL. Eres muy buena, Teresa...! Pero no puedo aceptar.

TER. Porqué?

PAUL. Porque no estoy al corriente de los negocios comerciales.

TER. Ya te impondrás en ellos. Tienes talento y gusto exquisito; antes de seis meses sabrás tanto como yó. Fabricando nosotras mismas los sombreros, realizaremos mayores beneficios... beneficios con los cuales podremos educar á tus dos hijos que pasarán á serlo mios también si tu lo permites.

PAUL. Ah! ¡Teresa!

TER. Con que... aceptas?

PAUL. Acepto, sí... porque no te has equivocado al suponer que mis recursos se agotan. El porvenir de mis pobres hijos me causa espanto! Dios mío, y como tarda en volver Anita!

TER. No se arranca tan facilmente á los niños de sus juegos!

PAUL. Quédate á comer hoy conmigo.

TER. Con mucho gusto... pero no he prevenido al encargado que tengo... Cuando se cierra el establecimiento acostumbro á estar allí ..

PAUL. Y qué? Vás..! mandas cerrar ..y vuelves ¿eh?

TER. Bueno, sea! Hablaremos de negocios á mi regreso. Así ahuyentaremos los tristes pensamientos!

PAUL. (Nerviosa vuelve hácia la ventana, óyese ruido en la antesala. Va hácia la puerta y vuelve bruscamente. Su semblante aparece satisfecho.) Ah! por fin... ellos son!

TER. Ves como no había motivo para inquietarse? (Voz de niña en la antesala.)

CRIST. Mamá! mamá!

PAUL. Hijos mios! (La puerta se abre, Cristian. Isabel y Anita aparecen.)

ESCENA II

Dichos, CRISTIAN, ISABEL con una muñeca, ANITA. Caracter fosco y solapado.

CRIST. Mamá! Buenas tardes! (Yéndo sobre Paulina, deteniéndose al ver á Teresa).

PAUL. Buenas tardes!

ISABEL Uf! Estoy cansadísima. Andando está muy lejos el dichoso *Parque Monceau*. (Abraza á su madre Cristian con efusión, Isabel con cierta frialdad).

PAUL. Y á esta señora no se le dán las buenas tardes? (Señalando á Teresa).

CRIST. Buenas tardes señora.

TER. Son adorables! Cómo los vamos á mimar! (Besándolos). Ea! me marcho, para volver cuánto antes! Hasta ahora mismo!
(Paulina la acompaña hasta la puerta y vuelve á entrar).

ISABEL Adios señora!

ESCENA III

Dichos, menos TERESA.

PAUL. (A Anita). Como vuelven ustedes tan tarde? Que no suceda más!..

ANITA Y la señorita Isabel aún decía que volvíamos á casa demasiado pronto.

CRAST. Es verdad mamá... Yó me aburro porque no estaba á tu lado... pero Isabelita no quería volver.

ISABEL Me gusta tanto ver pasar los carruajes... con las señoras tan elegantes!

CRIST. Mamá. Isabel decía que...

PAUL. Cristian! acusar es cosa fea! ¿no lo sabes?
(Cristian permanece suspenso)

CRIST. Es verdad! (Deteniéndose).

PAUL. (A Anita). Son las seis y media. Ponga usted la mesa y que coman los niños. La señora Renaud volverá... pero nosotras no comerémos hasta las ocho.

ANITA Está bien, señora. (Vá hácia la puerta).

PAUL. Oiga usted! de un momento á otro debe llegar un caballero; avíseme apenas llame.

ANITA Bueno, señora.

ISABEL Mamá, voy con Anita á acostar la muñeca. ¿Vienes Cristian?

CRIST. No; me quedo aqui con mamá! (Isabel vase con Anita)

PAUL. (Atrayendo á Cristian). Ah! Cristian... Me quieres mucho verdad?

CRIST. Si, si, mamá mucho! mucho!

PAUL. Ahora que estamos solos, confiésame lo que decía Isabelita.

CRIST. No, no! acusar es cosa fea, mamá

PAUL. Bién, pero como te prometo que no la reñiré...

CRIST. Entonces... Decía Isabel, viendo pasar los carruajes, que si estuviéramos en casa del abuelito, los tendriamos más hermosos... Con cocheros muy elegantes... que llevarían casacas con botones dorados. Y además nos darian todos los juguetes que quisiéramos. Es verdad eso, mamá?

PAUL. Si hijo mío; es cierto... pero también sería necesario no volver á vernos jamás.

CRIST. Cómo? Qué no te volveríamos á ver nosotros más?..

PAUL. Es claro!..

CRIST. Entonces no quiero... no! Prefiero los juguetes que tú me dás ó que no me compres ninguno, con tal de poderte abrazar así... (La abraza).

PAUL. Angel mío! (Conmovida y estrechandole con efusión)

CRIST. Lloras, mamá?

PAUL. No... no es nada! Ha sido una motita que...

ANITA (Saliendo por la izquirda). Acaban de llamar. Sin duda es la persona que la señora aguarda.

PAUL. Hágala usted entrar aquí... Vuelvo! (A Cristian). Debeis tener la mesa puesta... Vamos al comedor, que Isabelita estará esperándote para comer!..

CRIST. Sí, mamá. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA IV

ANITA, EL BARÓN DE TAVERNY

ANITA Pase usted señor Barón,

TAV. La señora de Revel?

ANITA Al momento saldrá.

TAV. No hay novedad por aquí? (En voz baja).

ANITA No, señor Barón.

TAV. La señora no recibe á nadie?

ANITA A nadie... excepto á una de sus amigas que

ha venido hoy y que comerá con ella; se llama Teresa Renaud.

TAV. Bien (Dándole una moneda de oro). Toma, Anita, sigue observando y sé discreta.

ANITA (Guardando la moneda). señor Barón puede usted contar conmigo, (Escuchando) aqui está la señora

(Paulina aparece y entra Anita por la puerta izquierda.)

ESCENA V

PAULINA y TAVERNY

(Cuando Anita ha salido, Taverny se vuelve y Paulina le reconoce).

PAUL. El Barón de Taverny!

TAV, El mismo, señora. Permite usted que me ponga á sus piés...

PAUL. Qué pretende? Que viene á usted hacer aquí?

TAV. Francamente, ¿no adivina usted el objeto de mi visita?

PAUL. No.

TAV. Sin embargo no habrá olvidado los sentimientos que siempre me inspiró, al cabo del tiempo, desde que tuve la dicha de ver á usted por primera vez, no he podido impedir que me fascine semejante belleza, y mi alma continuará sedienta de amor...

PAUL. Siendo solo eso lo que ha venido á decirme, puede usted dar por terminada esta entrevista.

TAV. No, Paulina. En otra ocasión, aqui mismo, me impuso usted silencio... pero... hoy...

PAUL. Hoy me encuentro sola, verdad? Puede usted insultarme impunemente.

TAV. Ah, señora ¿qué insulto es el decir á una mujer que su hermosura fascina, y que no he podido vivir sin adorarla? Si callé hace un año, fué porqué entonces tenía usted un marido. Un marido del que se hallaba usted enamorada. Comprendí que venía á turbar la felicidad de un hogar. Hoy la contemplo á usted bajo otra fase, su marido no existe, creo que nada me impide ahora decir!.. El amor que había usted rechazado, Paulina, vuelve más fervoroso que nunca... El hombre

á quién usted despreció, persiste en sus pretensiones, y se pone á su disposición!

PAUL. Mil gracias! (Irónica)

TAV. Sí: confieso que soy un libertino, un jugador... no niego que un día sí y otro nó me comprometo con nuevas conquistas... Pero ¿porqué? porque todo me cansa! Juego y amo por aturdirme, para olvidar. En el amor de las mujeres alegres, busco otro amor, otro á cuyo impulso mi corazón dominaría mi cerebro... otro amor que solo usted podría dármelo y es el que quiero!

PAUL. No prosiga usted!..

TAV. Quiero describir hasta que punto llega mi locura. Todo en usted me cautiva y ese perfume de virtud que usted exhala y que no aspiré junto á ninguna otra mujer, me embriaga!.. Se halla usted sola, sin apoyo, casi sin recursos... Esos dedos no deben ser martirizados por molestos pinchazos de la aguja... Esos ojos no merecen el castigo de perder su brillo bajo la lámpara de un taller de costureras... Reina por la belleza, séalo usted también por el lujo y la elegancia, y... permítame colocar en tan soberanas sienes la más rica y sobérbia corona!

PAUL. Es decir que viene usted á ofrecerme su nombre... su mano!

TAV. (Confundido) Mi nombre es de usted como todo cuanto me pertenezca... Pero... el matrimonio es una cadena, Paulina. y yó no quisiera entre los dos más que una cadena de flores...

PAUL. (Interrumpiéndole con dignidad y grandeza soberana). No se quejará usted. Le escuché por ver hasta dónde rayaba en audacia, desvergüenza, y cobardía! Ah! Mis sospechas se han confirmado plenamente, mostrándose ante mi tal y como yó le juzgué desde el momento fatal en que le conocí.

TAV. Pero...

PAUL. Y usted se calificaba de amigo de Juan Revel, de Juan que todo lo arrostró por dignificarme colocando mi honra bajo su amparo!.. Usted puede comprender el culto que consa-

gro á su memoria?.. Indigno lenguaje se atreve usted á usar con la viuda de Juan Revel!.. ¡Ah! Es usted un miserable!.. Si!.. un miserable!

TAV. Vé usted?.. En este momento de cólera la contemplo más bella, más atrayente que nunca. Hermosa lucha presagio! Pero un día llegará en el que sucumbirá usted como tantas otras... en el que olvidará usted á su marído para caer en los brazos de un amante!. Ese amante quiero serlo yó... y lo seré!..

PAUL. Cobarde! Salga usted de aquí!.. (Coriendo á la puerta como enloquecida) Anita! Ana!

TAV. Tiene gracia! Luego me arroja usted realmente...

ANITA Señora?.. (Saliendo)

PAUL. (Haciéndo un signo) Guíe usted al señor Barón de Taverny hasta la puerta, y tenga presente que jamás, ¿lo oye usted bién? jamás estaré visible para él!

TAV. (Devorando su cólera) Señora, acaba usted de crearse un enemigo mortal... Las circunstancias fatales de la vida nos colocarán frente á frente. En tal fecha, conste que no tendré piedad ni compasión de usted! (Sale amenezándola con el ademán)

ESCENA VI

PAULINA y ANITA luego

PAUL. (sola) Si esto es vivir, dime Juan mío, porque la muerte no me llevó consigo al mismo tiempo que á tí?

ANITA El señorito Cristián y la señorita Isabel se han sentado á la mesa. Viene la señora á darles de comer?

PAUL. Si, voy. Dime, Anita, con quién han jugado los niños hoy?

ANITA Con nadie, señora. Hemos jugado los tres juntos.

PAUL. Cuando vaya usted á paseo con ellos es preciso que los vigile mucho y procure usted no

entablar conversación con ninguna persona extraña.

ANITA La señora puede estar tranquila. Yó no hablo con nadie. (Llaman) Señora han llamado.

PAUL. (Yendo á la ventana) Es la persona que estoy aguardando. Vaya usted á abrir enseguida. (Sola) ¡Otro enemigo!

ANITA (volviendo á escena) El señor Conde de Revel.

(El Conde entra guiado por Anita, la cual se retira después de anunciar. El Conde Revel es un viejo de cabellos blancos, caracter altanero y serio).

ESCENA VII

PAULINA y EL CONDE REVEL

PAUL. (Al Conde que sombrero en mano se inclina ante ella) Siéntese usted señor.

CONDE (Sentándose) Ante todo, señora, y á fin de que entre nosotros no haya torcidas interpretaciones, permítame declarar que mis sentimientos para con usted son los mismos de los tiempos pasados, y que no puede ni debe cambiar absolutamente nada nuestra situación respectiva.

PAUL. Señor, ya lo sé.

CONDE A mis ojos siempre resultará usted la *intrusa* á quien el cebo de un apellido noble y el aliciente de una pingüe fortuna lanzó en los brazos de mi desventurado hijo. Para adquirir lo uno y lo otro, apeló usted á las seducciones ordinarias y propias de las mujeres como usted. Sin embargo, por lo general, los víctimas después de apasionarse de una desdicha así, se contentan con hacerla su querida, pero no se casan con ella!.. Usted, ha tenido más fuerza de atracción que sus semejantes. Esto es todo.

PAUL. Señor, la mujer con quien está hablando usted, es la madre de los niños á quienes no tiene usted más remedio que aceptar como nietos.

CONDE Nada de grandes frases, lo suplico. Sé perfectamente bien que es usted la madre de

Cristián y de Isabel, y para que hablemos de ellos he venido aquí!..

PAUL. De mis hijos? (sorprendida).

CONDE Si, para mi... para los niños, la que fué mujer de mi hijo debe ser siempre una persona extraña, no están en el mismo caso sus hijos. Ambos descienden de Juan. Cristián será un día el Gefe de nuestra familia, el conde de Revel, y bajo este título no puedo consentir que se le dé una educación indigna de su clase. Isabel viene á ser lo mismo ¿Comprende usted?

PAUL. No del todo... Señor.

CONDE Mi pensamiento no puede ser más claro... Vengo á pedir á usted señora, la separación de sus hijos.

PAUL. Yo separarme de Isabel y de Cristián?... (sobre cogida).

CONDE Si los ama usted verdaderamente como asegura, comprenderá que se trata de su bienestar, de su felicidad. Por semejante sacrificio recibirá usted una recompensa. Usted misma fijará la cantidad y sea la que fuese, no he de encontrarla exagerada!...

PAUL. Y á una madre que no cuenta en el mundo con más refugio que los brazos y las sonrisas de los querubines que le dejó su esposo amado desaparecido... A esta mujer es á quién pide usted que le dé.. miento! qué le venda sus hijos? En verdad señor, que si no conociera la formalidad y el talento que le distinguen, supondría que no está usted en su cabal y sano juicio.

CONDE Había previsto esta resistencia señora, pero usted reflexionará... comprenderá usted que las criaturas que llevan un nombre como el suyo, exigen *otra cosa* muy distinta de lo que usted les puede dar.

PAUL. Coches para ir al Bosque de Bolonia ¿verdad? Muñecas automáticas. Lacayos de librea... con grandes hileras de botones dorados... ¡Ah! sí! ahora comprendo quién les ha inspirado los deseos que no me explicaba... Ciertamente yo no podría satisfacer

semejantes caprichos... Sus muñecas sencillas vendrán del modesto bazar de enfrente, puede ser que hasta ellos mismos se hagan las camitas donde duermen, que barran sus habitaciones, pero también tendrán como recompensa la ternura, la vigilancia y los besos de su madre!..

CONDE El amor maternal no puede impedir que sus hijos tengan hambre. Quizá la miseria se posesione de esta casa muy pronto. ¡Quién sabe! Tal vez, mañana... y entonces... ¿qué haría usted?

PAUL. Trabajar. Pronto me lo ha echado usted en cara. Señor, soy una hija del pueblo... Velaré por la noche... ¡todas las noches! si es preciso, pero conservaré mis hijos á mi lado!

CONDE Está usted segura?

PAUL. La ley no reconoce en usted ningún derecho sobre ellos. Están conmigo y nadie puede quitármelos legalmente.

CONDE Sí? Esa ley que invoca usted prohibe que sean custodiados los hijos por la madre que deja de ser digna.

PAUL. ¿Qué quiere usted decir..? (Irguiéndose).

CONDE Que á pesar de sus hermosas palabras, yo no creo en esa virtud de que blasona. La mujer que fué manceba de mi hijo antes de llevar su nombre, puede y debe tener por fuerza hoy otros amantes. Es lo fatal! lo obligado! Y cuando se es agraciada como usted, señora, resulta más viable admitir requiebros que coser ropa blanca en una guardilla, ó buscar trabajo que no se encuentra!

PAUL. ¿Me insulta usted? No permito que empañe mi honra!..

CONDE Ni la de su hermano Enrique Megret tampoco? verdad? (En tono de burla).

PAUL. (Va á responder. Anita entra con una carta).

ANITA Esta carta acaba de traer un mozo. Ha dicho que es muy urgente. (Paulina toma la carta).)

PAUL. (Leyendo el sobre y no pudiendo contenerse). Suya!.. Suya!..

ANITA No tiene contestación?

CONDE (Habiéndose notado la turbación de Paulina le dice irónicamente). Lea usted señora!.. La exclamación que ha dejado escapar, prueba que esa carta le interesa particularmente.

PAUL. Más tarde... no urge.

CONDE Lo contrario ha manifestado la criada, pero en fin, resolvamos nuestro asunto. Conque, decididamente, no quiere usted darme mis nietos?

PAUL. Cuando mi Juan respetuosamente solicitó de usted un lugar en su corazón para la nuera que aportaba, no le dió usted más que una seca respuesta... que hoy le devuelvo: Jamás!

CONDE Bueno! Cómo ha de ser! Terminaré esta entrevista con un consejo. Cuidado con su futura conducta!.. No cometa usted alguna ligereza, alguna imprudencia, porque sabré aprovecharme de ella! (Saluda y se marcha).

ESCENA VIII

PAULINA, luego TERESA

PAUL. Y qué me importan sus amenazas? No me faltará valor para resistir! Esta carta me inquieta más en este momento. (Abriéndola). Enrique en París! ¡Qué imprudencia! No calcular el peligro que aquí corre!.. (Recorre la carta con la vista). Dios mío!.. (Cae sobre un sillón, con la cabeza entre las manos sacudiéndola y llorando).

TET. (Apareciendo por la puerta del comedor). Ya estoy aquí... (Vé á Paulina). Qué tienes, Paulina? Qué sucede?.. (Avanzando).

PAUL. (Retirándose con supremo esfuerzo y tendiéndole la carta) Lee...

TER. (Leyendo la carta en voz alta). «Mi querida Paulina: si no has maldecido á tu desgraciado hermano, que siempre te guardó su entrañable cariño, ven apenas recibas estas líneas, al hotel de Sicilia, 180 bís, Boulevard de San Miguel. Pregunta por Andrés Cherás. Es el nombre bajo el cual me oculto para evitar

el riesgo de las pesquisas. Estoy muy enfermo. Me encuentro gravísimo y puede ser que solamente viva algunas horas. Te suplico que atiendas mi último ruego quizás, porque para verte únicamente vine á París. Enrique».

PAUL. Mi hermano aquí... moribundo!.. A quién pueden reconocer... y encarcelar!

TER. El nombre que usa le preservará.

PAUL. Qué hacer? Aconséjame Teresa...

TER. No vaciles!.. (Llamando). Anita! el sombrero y el abrigo de la señora: (A Paulina). Corre, y presta auxilio á tú hermano Enrique. Que le vea un médico. Quién sabe si se salvará!

PAUL. Y los niños?

TER. Son las ocho y media. Yo misma los he acostado cuando llegué. No quise interrumpir tu entrevista. Velaré por ellos. Vete tranquila.

PAUL. No te preguntaron por mí al acostarse?

TER. Ya lo creo! Al rezar la oración... al meterse en la cama. Y Cristián no quería cerrar los ojos sin tener su mano entre las de su mamá!..

PAUL. Es su costumbre de todas las noches, de modo que cuidarás de ellos durante mi ausencia .?

TER. Sí! pierde cuidado. Anita puede acostarse también. Permaneceré aqui hasta tu vuelta... Y ahora anda... anda deprisa...

PAUL. Voy á darles un beso... (Entra á la izquierda. La habitación estará iluminada por una lamparilla).

TER. (Desde el quicio de la puerta). Anda de puntillas... (Pausa). Qué hermosos!.. sonrien... Los bracitos desnudos sobre la cubierta de la cama... (Paulina vuelve á escena.) Ea! En marcha!..

PAUL. Sí, sí! (abrazando á Teresa). Gracias, amiga mía! (Medio mutis. Vuelve á asomarse al dormitorio de los niños). Ay, Teresa!.. Es la primera noche que duermen sin que yo esté á su lado! (Vase deprisa).

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

En el Hotel de Sicilia

Habitación un de hotel de tercer orden; chimenea, cama, armariode luna, tocador, cortinajes de tela roja. Corredor al fondo con puerta de entrada. A la *derecha* puerta que comunica con el gabinete contiguo. A la *izquierda*, una ventana. Lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

ANATOLIO y ENRIQUETA

(Al levantarse el telón Anatolio está sentado ante la mesa, acaba de de redactar una carta. Enriqueta en un rincón prepara una maleta).

ENR. Acabaste la carta?

ANAT. Sí (Cogiéndola). «Señor Honoré Bellejambe, 14 bis, calle de Villa Gousset. Muy señor mío y dueño: Como lo esperaba, mis investigaciones de hoy han demostrado que el notario Poliveau, salió para Bélgica. Emilia de Varigní, su amante, se halla en Ostende y es indudable que Poliveau fué á reunirse con ella. Siguiendo las instrucciones recibidas, salgo esta misma noche para dicha ciudad y avisaré telegráficamente lo que sobrevenga. De usted seguro servidor, Anatolio Perruchot». (Dobla el papel, lo mete en un sobre que cierra, y se frota las manos). Adelante con los faroles!.. Vamos viento en popa!.. (Acercándose á Enriqueta) Estará pronto la maleta?

ENR. Sí, querido. (Busca algo á su alrededor, con un guante blanco en la mano). Pues señor... No tengo más que un guante! Dónde habré metido el otro?

ANAT. Délo por perdido. Para alcanzar el correo de Bruselas tenemos que tomar el tren... (Buscando en la guía) de las once, en la estación del Norte. Y recuerdo que hemos prometido á Bernard, el estudiante que se ha graduado de Doctor esta mañana, beber una copa de champagne con él en la cervecería de enfrente, á la salud de su futura clientela. Conque... en marcha!

ENR. Qué prisa tienes!..

ANAT. Naturalménte. El señor Bellejambe, mi digno amo, ha tenido la gran idea de elegirme para vigilar al Notario Poliveau. Esto me permite acompañarte hasta Ostende sin soltar un cuarto.

ENR. Pero si atrapas enseguida al Notario, volverás á París dejándome sola.

ANAT. No te quejes! que tu maestra abre este año sucursal en uno de los balnearios más importantes de Francia!

ENR. Sí, sí.

ANAT. Menuda temporada veraniega vas á pasar..!

ENR. Es que te quiero demasiado.,. Si tu fueras bueno conmigo...

ANAT. Nos casaríamos ¿eh?.. Conozco tu muletilla. Pero, creeme Enriqueta, por eso no se aumentaría nuestro cariño.

ENR. Ya lo creo! Sería lo conveniente, lo honrado, lo mejor! Además casándonos daríamos tanto gusto á mi tía Flotard...

ANAT. Tu tía Flotard?

ENR. Si señor! Mi tía Flotard, la que tiene el coche tirado por cabritas en los Campos Elíseos.

ANAT. Lo de las cabras... pase... Pero y los chotitos?

ENR. Qué chotitos?

ANAT. Los que... vinieran! La rastra! Y que ninguno traería el pan debajo del brazo!..

ENR. Trabajaríamos doble!..

ANAT. Gracias!.. Nada, nada, Enriqueta, esas ba-

ladas delante del cura son buenas para los que tienen rentas (Golpeándose el bolsillo). Y como nosotros no estamos en ese caso...

ENR. Pues déjame en paz!

ANAT. Digo, á no ser que tu tengas un buen gato escondido en alguna parte.

ENR. De modo que si yo fuera rica, te casarías conmigo?

ANAT. Puede ser!

ENR. Si pudiera hacerme capitalista!..

ANAT. No eres tú de la madera de las que hacen fortuna!.. Tienes ideas del siglo quince! Andas muy rezagada.

ENR. Quién habla! Pues mira que tu profesión es bonita!.. Dependiente de una agencia..! honrosísima agencia que anda buscando maridos para las mujeres y mujeres para los maridos! Muy propio!..

ANAT. Querída, hace una infinidad de tíempo que al Presidente de la Repúblíca se le olvida ofrecerme una cartera. Cómo ha de ser! Pero yó te respondo de mi porvenir!

ENR. De veras?

ANAT. Un día París será mío! te lo aseguro! Me lo engulliré!

ENR. Ten cuidado! Mira que París es una tajada regular... y para digerirla...

ANAT. Eso corre de mi cuenta! Y no solo eso! En fin ya es hora!.. Veamos... hay que recojer más cosas?

ENR. (Señalando la ropa que hay sobre una silla) Tu ropa blanca.

ANAT. A ver! Chaleco de franela, uno. Calzoncillos uno, camisa de vestir y otra de dormir, dos, pañuelos de bolsillo... tres.

ENR, No hay más que dos. Estás seguro, de qué tienes tres?

ANAT. Vaya! de pañuelos estoy bien provisto. A donde diablos habrá ido á parar el numero tres. ? Me lo habrá robado el mozo?

ENR. Tiene trazas de ser honrado...

ANAT. Ah, si?.. Trazas, trazas!.. Yo también las tengo, todos tenemos, cuando nos conviene, aire de honradez. Eso nada prueba.., Veamos! Llama el mozo!

ENR. (Va al rincón de la izquierda y con un garrote que allí hay golpea en el entarimado) Ya está! (bajando)

AVAT. Acabo de saldar mi cuenta hace un momento: ya debía haberme dado la vuelta...

ESCENA II

Dichos y JULIO

JULIO Habrá usted llamado por lo de la vuelta del billete... aqui está su dinero (Le dá dinero).

ANAT. (Tomándolo y contándolo) No era por eso precisamente... Arregló usted yá esta habitación hoy?

JULIO Si, señor... Y á conciencia sabe usted, á conciencia!

ANAT. Y acaso habrá usted tomado...

ENR. Distraidamente eh?

ANAT. Uno de mis pañuelos de bolsillo para quitar el polvo?

JULIO (Rápido) Si no he limpiado señor!.. y vea usted la prueba!.. (Pasa un dedo sobre la mesilla de noche y lo enseña luego sucio de polvo).

ANAT. En efecto!

ENR. (Yendo bruscamente hácia la cama) Ahora que pienso, puede que anoche envolviese yó en él mi hucha (á Julio) Ha hecho usted la cama ya?

JULIO (Con dignidad) Pues no faltaba más señora, ya lo creo! por cierto que bién removí los colchones..!

ENR. Entonces donde ha puesto usted lo que había entre ellos?

JULIO Lo que había entre ellos?..

ENR. Si, la hucha! (Sacudiéndola)

ANAT. La hucha! hombre, la hucha.

ENR. (Deshaciendo la cama) Recuerdo perfectamente que anoche la envolví en un trapo blanco. Pude coger el pañuelo... ¡ah¡ aqui está! miralo!.. (Sacando de entre los colchones la hucha de barro envuelta en el pañuelo).

ANAT. Ya pareció el peine!

JULIO Pero faltaba el peine también..?

ANAT. No! El pañuelo con la hucha. Vaya! Tome

usted *veinte céntimos* por haber arreglado la habitación á conciencia!

JULIO Gracias caballero!..

ANAT. Conque ¿estamos Enriqueta?

ENR. (Colocándose el sombrero y el velillo). Cuando quieras.

ANAT. Pués andando!

UNA VOZ femenina de abajo. Julio!.. eh, Julio!

JULIO La dueña! ¿Mande usted?.. (Yendo al corredor)

LA VOZ Una señora para el 33!..

JULIO Una señora para el 33?.. (alto) Que suba! En buén estado se halla para recibir señoras el 33!

ANAT. Ah! Es el del cuarto de al lado... Mala cara tiene... Ese me parece que está con el pié en el estribo para la eternidad!

.JULIO Me parece lo mismo.

(Julio, avanza en el corredor, Anatolio y Enriqueta teniendo cada cual su maleta en la mano, se disponen á salir)

ESCENA III

Dichos y PAULINA

(Apareciendo en el fondo del comedor con el velo echado sobre la cara).

PAUL. (Con voz alterada) Mozo quisiera ver... ver al señor... Andrés... Andrés Cherás ..

JULIO Es aquí al lado, señora. Si usted quiere esperar un momento en este cuarto; ahora queda libre.

PAUL. (Fijándose en Anatolio y Enriqueta). Perdonen ustedes!..

JULIO El señor y la señora se marchan. (Señalando á Enriqueta y Anatolio)

ANT. Si...

JULIO Voy á prevenir al señor Cherás.

PAUL. Cuánto antes...

JULIO Quiere usted decírme su nombre?

PAUL. (Sin pensarlo) La viuda de Revel.

ANAT. (A Enriqueta, bajo) La viuda de Revel.!

PAUL. Por supuesto que no hace falta. Diga usted al señor Cherás, sencillamente que soy... la persona á quién espera. (Vá hácia la ventana volviendo la espalda. Julio desaparece).

ANAT. (A media voz) La viuda de Revel aquí?

ENR. La conoces?

ANAT. De nombre solamente... Qué vendrá á hacer á este Hotel?

ENR. Sábelo Dios!

JULIO (Volviendo) El señor Cherás la espera... Por aquí, señora... (Desaparece con Paulina)

ESCENA IV

ANATOLIO y ENRIQUETA.

ENR. Es alguna de las que tienes que vigilar?

ANAT. Yo no. Pero Carlos el gordo, mi colega en la Agencia Bellejambe, trabaja por cuenta de cierto Barón de Taverny: un señor de la aristocracia. á quien debe interesarle esta señora, porque daría el oro y el moro por tener informes detallados de su conducta. De modo que previniendo yó á mi compañero Carlos, podría valerme *un pico!* En cuanto regrese del viaje, iré á verle y me agradecerá la noticia!.. Hay negocio en perspectiva! (Frotándose las manos).

ENR. Conque negocio ¿eh?

ANAT. Si; no muy *limpio* ni decente, es verdad, pero yo no aspiro al premio de la virtud.!

ENR. Vamos, vamos que el señor Bernard nos espera. Ya debe haber vuelto de Bullier. (Julio aparece).

ESCENA V

Dichos y JULIO saliendo por el corredor.

JULIO Vengo á buscar las maletas.

ANAT. Gracias! no pesan medio kilo! (Esforzándose) Dime, dime, la... señora que ha venido á ver al... *33* es una... ¡pués! ¿eh?..

JULIO Los síntomas son sospechosos. Apenas le ha visto se arrojó en sus brazos... estrechándole y besándole! A mi nunca me abrazó una mujer de esa manera!..

ANAT. Ya, ya! Lo creo! (A Enriqueta) Yo voy á decírselo al Barón de Taverny.

JULIO Esto se acabará viniendo el comisario de Policía á visitar una de estas noches, el *33*.

ANAT. Ah! Viene con frecuencia?

JULIO Todas las semanas. Los flagrantes delitos es la especialidad del Hotel de Sicilia. Y á propósito! En este momento se perpetra uno en el *38*.

ENR. Vamos Anatolio, despacha!..

ANAT. Déjame! Necesito enterarme. Conque decía usted que se perpetra un...

JULIO Se trata de un tendero del barrio... casado, el señor Frumance, con una morenita que juraría está en vísperas de reñir con el novio!

ENR. Anatolio! que el tren no espera!

ANAT. Espera.

ENR. Que no espera!

ANAT. Bueno, bueno!.. Ea! En marcha! (Vanse)

JULIO Vayan ustedes con Dios!.. (Despidiéndoles, y vertiendo las aguas del lavabo). Lo mejor del caso es que la morenita es también casada.

ESCENA VII

JULIO y PAULINA

PAUL. (A la puerta que dá sobre la escalera). Mozo?

JULIO (Volviéndose). Señora?

PAUL. (Entrando) Me dijo usted que esta habitación estaba disponible?

JULIO Si, señora. Va usted á ocuparla?..

PAUL. No. Es para mí... (Reprimiéndose) para el señor Cherás... Se ahoga en ese gabinete tan reducido, sin aire respirable. Necesita inmediatamente un cuarto más espacioso.

JULIO Precisamente el que ocupa se comunica con èste.

PAUL. Bueno! Este lo alquilo yo.

JULIO Muy bien, señora.

PAUL. Quiere usted ayudarme á traer aquí al enfermo?

JULIO Con mucho gusto, señora.

PAUL. Encenderá usted la chimenea?

JULIO Con una cerilla es cuestión de dos minutos. (Paulina sale por la derecha. Julio al verla abrir la puerta). Espere usted. Voy á ayudarla.

ESCENA VIII

PAULINA, ENRIQUE, JULIO.

(La escena queda desierta algunos segundos. Paulina reaparece la primera seguida de Julio).

PAUL. Mejor estarás aquí. (á Enrique).

ENRIQ. (Muestras de postración). Aquí ó allá!.. (Pausa) con tal de estar á tu lado...

PAUL. Cuidado... despacito... (Hacia el sillón)

JULIO (Encendiendo el fuego) Entonces, el cuartito donde duerme el niño...

PAUL. Nos lo reservamos también.

JULIO Bien! ya está el fuego... Los señores me necesitan?

PAUL. Por ahora, no.

JULIO Ah! No hay timbre... Cuando quieran ustedes llamar... basta dar un par de golpes (Indicándolo) ¿Comprende usted?

PAUL. Está bien. (Váse Julio).

ESCENA IX

PAULINA, ENRIQUE.

(Paulina va á la puerta del corredor. La cierra dando una vuelta á la llave. Deja el abrigo sobre la cama, vá á la chimenea, aviva el fuego y mirando á Enrique dice):

PAUL. Cómo ha cambiado! (Deja las tenazas al pié de la chimenea y vá hacia Enrique).

ENRIQ. Paulina!.. Cuanto te agradezco que hayas venido!..

PALU. Acaso creiste que no acudiría á tu llamamiento?

ENRIQ. He sufrido tanto, hermana mía, que á veces la desgracia y el daño me convirtieron en injusto. (Tomando la mano de Paulina). De modo que siempre has creido en mi inocencia?

PAUL. Si me hubiera acusado de un crímen, habrías tú creído que yo era criminal?

ENRIQ. No. Tienes razón Paulina y sin embargo todas las apariencias me condenaban.

PAUL. Es posible!.. Pero una hermana no condena como los jueces, fundándose en las apariencias.

ENRIQ. Con qué inefable placer escucho tus palabras. Esto reanima é infunde valor!.. Ahora, Paulina, escucha. Debo aprovechar los minutos... Si he vuelto aquí en tales circunstancias, es porque tengo un sagrado depósito que confiarte. No adivinas?

PAUL. (Mirando hacia la habitación contigua). Ese niño?

ENRIQ. Mi hijo... Sí!

PAUL. Pero... y su madre?

ENRIQ. Extenuada, abrumada por nuestra incesante lucha contra la suerte, su madre, pronto hará un año, expiró entre mis brazos en una aldea de Bélgica donde nos habíamos refugiado los tres.

PAUL. Desdichada!

ENRIQ. Hice cuanto humanamente pude para mantener á mi Raimundo. Apelé á todos los medios y recursos. Trabajé sin descanso los oficios más humildes... Estas fatigas hicieron aguda mi enfermedad del corazón, que ya padecía desde joven, agravándola de día en día. No pensé más que en regresar á Francia, volver á verte y suplicarte que no rechaces á un pobre niño que ya no tiene madre y que muy pronto se hallará solo en el mundo...

PAUL. Hace años, cuando los dos quedamos huérfanos, tú á los veinte, yo á los doce, fuiste mi escudo muchas veces tratándome con la solicitud de la madre que nos faltaba. No pierdas la esperanza Enrique... curarás... porque yo te cuidaré... pero suceda lo que quiera... tu hijo tendrá en mi una madre.

ENRIQ. Paulina... no en vano confíaba en tu buen corazón! Pero.. ¿y tu marido... qué dirá? Yo no pienso más que en mí y olvidé hablarte de Juan Revel... Cómo está?

PAUL. Juan..? (Sollóza, mostrando su vestido negro). No te has fijado...

ENRIQ. Paulina...

PAUL. También la desgracia cayó sobre nosotros... Juan ha muerto!..

ENRIQ. Muerto! El... que ocho días antes de caer sobre mi la abrumadora desgracia, sonreía, ante un porvenir dichoso, bautizando á mi sobrino Cristián que acababa de venir al mundo!..

PAUL. Calla!.. calla! hermano mío!.. (Cambiando de conversación) Y, dime. Cómo has logrado pasar la frontera?

ENRIQ. Gracias á la complacencia de un amigo de colegio de quien me habrás oído hablar otras veces: Andrés Cherás. Hace tres años le encontré en Amsterdam, en el puerto, pretendiendo un empleo... harto de la vida, como yo!.. Desde entonces no nos separamos. Compañeros de niños la miseria nos hizo hermanos! Sin embargo, Andrés es un Ingeniero distinguido. En este momento espera conseguir una colocación en las minas del Transwal. Cuando Cherás se enteró de mi proyecto de venir á Francia, él mismo me propuso trocar mis papeles con los suyos... Así estábamos seguros de que podría yo despistar á la policía. Y á propósito, llevas la carta que te he enviado?

PAUL. Sí, mírala.

ENRIQ. Es preciso quemarla... Podría perderse...

PAUL. Verdad. Aquí vá escrito tu verdadero nombre. (La arroja al fuego) Reducida á cenizas no habrá peligro.

ENRIQ. Justo, ahora estoy tranquilo y soy feliz, muy feliz... hermana mía. A tu lado!.. (Sofocándose). Ah! Parece... que me falta el aire para respirar...

PAUL. No te sientes mejor..?

ENRIQ. Ay!.. Estoy tan débil, que no puedo soportar la más leve emoción, aun que sea de alegría!

PAUL. Llamaré un médico... verdad?

ENRIQ. No, no! para qué? todos los médicos juntos

nada lograrían. (Bebe un poco de agua) Es demasiado tarde. No pido más que el tiempo de vida indispensable para acabar de decirte lo que quiero...

PAUL. Habla!

ENRIQ. Escucha. No viviré lo bastante para poderme rehabilitar... Pero Raimundo, mi hijo? Cuando tenga uso de razón... Cuando llegue á la edad oportuna... es preciso que busque... Es posible que con lo que yo te diga pueda descubrir al miserable... por quien sufrí la expiación... injusta...

PAUL. Si pudiera ser...

ENRIQ. Ante todo debo acusarme de una falta grave.

PAUL. Tú?

ENRIQ. La víspera del día en que se cometió el delito... fuí á las carreras de Longchamps con un amigo de tu marido.

PAUL. Un amigo... quién?

ENRIQ. El Barón de Taverny.

PAUL. Taverny?

ENRIQ. Sí. Pretendíendo adquirir informes seguros me obligó á jugar. Perdí las dos primeras carreras. Había bebido demasiado Champagne con el Barón... Seguí sus consejos... quise recuperar lo perdido... y me quedé sin diez mil francos más...

PAUL. Oh!..

ENRIQ. Todas mis economías desaparecieron al firmar el *Cheque* que me arruinaba; estaba loco... Taverny, entonces, para distraerme, me llevó al Café Inglés... Allí cenamos... bebí más acabando por embriagarme. Ignoro lo que dije y lo que pasó... No me daba cuenta de mis acciones... No obstante después... recordé ciertos hechos, ciertas palabras... El Barón se aprovechó de mi estado para hablarme de mis trabajos... de la caja de caudales... que tenía á mi cargo en la Casa de Banca.

PAUL. Y supones...

ENRIQ. Qué pronuncié ante el Barón, la palabra que servía para abrir el *Coffre fort*. Casi estoy seguro.

PAUL. Habrá sido el miserable...

ENRIQ. Nada puedo afirmar en concreto. Sin embargo, Taverny estaba á la cuarta pregunta... Así lo afirmaban las mujeres alegres que le rodeaban... y sin recursos... ¿Cómo podía gastar boato de gran Señor? Ah! (Sofocándose de nuevo) Necesito aire! Más aire!! (Levantándose trabajosamente abre la ventana para respirar, sus ojos de repente demuestran espanto.) Ah!.. Mira... Aquellos hombres... allí... enfrente... en la acera... (Paulina avanza para mirar) Señalan con la mano este hotel son policías... Me acechan!..

PAUL. No, Enrique! No te alarmes! (Vuelve al lado de Enrique, pero mirando á su pesar, hacia la ventana).

ENRIQ. Escucha... Las papitaciones. ¡Ay!... mi corazón!.. (Cae sobre el sillón).

PAUL. (En la ventana) No temas... Ya se alejan... por allá! (Aparte, aterrada) No! ¡no! Que entran en el hotel!

ENRIQ. Se fueron?.. Estás segura?

PAUL. No te lo digo?

ENRIQ. Para mayor seguridad, volveré á tomar el tren mañana. Además, no quisiera morir aquí... No quisiera que las gentes al pasar frente á mi tumba, la de nuestros padres... sabes? leyeran mi nombre exclamando: Ah! aquí yace Megret... el ladrón!... Megret... el condenado á trabajos forzados!.. Ser menospreciado, envilecido aún después de muerto... es demasiado... verdad hermana mía?.. sería demasiado!..

PAUL. Yo te ruego, Enrique...

VOZ (De la dueña del hotel, en la escalera) Julio!.. Julio!.. Sube la policía!.. Cuidado ahí arriba!. (La voz de la patrona debe oirse como si viniera de lo más alto).

JULIO (Dentro) Está bien, señora. Sé la costumbre!..

ENRIQ. (Aterrado) La policía! Ves? Es á mí, á quien buscan! (Rumor en el corredor, voces, ruido. Oyese llamar en una puerta, violentamente después la voz de Julio: *La policía! La policía!*).

ENRIQ. Estoy perdido!.. (En este momento el niño Raimundo asustado por las voces, aparece en la puerta con pantalones y en mangas de camisa).

ESCENA X

ENRIQUE, PAULINA, RAIMUNDO, luego JULIO

RAIM. (Corriendo hacia su padre al verle) Tengo miedo! Papá! Tengo miedo!

ENRIQ. Escucha, hijo mío! Fíjate bien en esta señora... como puede ser... que se me lleven...

RAIM. A dónde papá?

ENRIQ. A... al hospital... hijo... Y por largo tiempo... Sin duda, no tendrás más amparo en el mundo que esta señora... Has de amarla... ¿entiendes? Quererla con toda tu alma!

PAUL. Enrique!..

ENRIQ. Llámala... mamá... ¿oyes? porque en adelante ella será tu madre!..

RAIM. Bueno, papá! (Nuevo rumor en el corredor. Enrique se levanta, se agarra nerviosamente al sillón).

ENRIQ. (Desfalleciendo) Ay! el corazón!

RAIM. (Asustado) Papá! papá mío!..

PAUL. (A Julio que entra) Mozo! mozo!.. Venga usted, enseguida!..

JULIO No se asuste usted, señora. Es el Comisario de policía. Viene al lado, por un adulterio. Esto nos ocurre todas las semanas.

PAUL. Enrique! Oyes? (Viendo que es cadáver) Ah!..

JULIO (Fijándose en Enrique) Diantre!.. Este señor... la entregó!

PAUL. Pronto! pronto! Un médico!

JULIO Un médico á estas horas? Aquí es difícil...

PAUL. Yo se lo suplico... (Oyese cantar alegremente en la calle. Voces de muchachos y muchachas: *Tra-la-la... la-rá-ta-lá.., subiendo el boulevard de San Miguel*).

JULIO (Yendo á la ventana) Ah!.. Es el señor Bernard que vuelve de la cervecería. Vuelvo!

PAUL. Por favor! (Julio vase).

ESCENA XI

PAULINA, RAIMUNDO, ENRIQUE

RAIM. Señora... señora... Despierte usted á papá... A mí no me hace caso!

PAUL. Pobre niño!

RAIM. (Estrechando á Paulina) Me da miedo!.. No me responde!

PAUL. (Volviendo junto á Enrique) Enrique!.. Enrique!!

ESCENA XII

Dichos. BERNARD y JULIO, guiándole

JULIO Por aquí, señor Bernard! Vea usted este pobre hombre...

BERN. Qué? Aguarda! (Entrega un sobretodo á Julio). Conozco este caso...

JULIO Es un estudiante de medicina que acaba de graduarse hoy.

PAUL. Y bien?

BERN. (Después de examinar á Enrique, tocando sus párpados y poniendo la mano sobre el corazón) Está muerto!

RAIM. Muerto mi papá!.. Ay... mamá... mamá..!

PAUL. Desdichado huérfano!..

JULIO Está usted seguro?

BERN. De que ha muerto? Ya lo creo!

JULIO Vaya un negocio! Y bien señora (A Paulina) Qué decide usted?

PAUL. Qué decido?

JULIO Señora. Esto vá á ocasionar gastos! Además... hay que avisar á la familia.

PAUL. Este desdichado... no tenía más en el mundo que... Respecto de los gastos, pagaré los que se produzcan... Encárguense de cumplir las formalidades indispensables.

JULIO Por de pronto, ya que usted se encarga de abonar lo que que se gaste, señor Bernard, tome usted nota del nombre y calidades del difunto, usted escribe mejor que yo!

BERN. Bueno sea!.. (Los estudiantes en la calle gritan cantando: *Señor Bernard! Señor Bernard! Cupido y Baco esperan ya!*).

BERN. (Desde la ventana asomándose) Callad! Ya bajo! (sentándose á la mesa) Conque decíamos. El nombre de este huésped...

JULIO Andrés Cherás. ¿no es eso? Andrés Cherás. (A Paulina).

PAUL. (Dudando) Cherás!.. apunte! (Oh, Enrique, no serás menospreciado ni envilecido después de muerto!)

JULIO Está bien escrito así, el nombre?

PAUL. Sí. sí... Cherás! Andrés Cherás.

BERN. (Deletreando) *Ce ache e. Che. Ere, a ese rás! Cherás.* (Entrega el papel á Julio).

PAUL. Tu voluntad se cumplirá, hermano mío!

(Dirigiéndose al difunto, el telón baja lentamente mientras tanto Paulina, estrecha entre sus brazos á Raimundo y el niño le besa, ambos lloran. Óyese el canto de los estudiantes en la calle. *Tra-la-la-lara-la-lé! Subiendo el Boulevard de San Miguel*).

TELON



CUADRO TERCERO

Despacho del Conde de Revel. Gran biblioteca guarnecida de libros de alto abajo. Retratos y bustos de antepasados. *Al fondo* gran puerta vidriera que dá á un salón. A la *derecha* primer término, balconada que se supone dar al patio. Segundo término puerta que conduce á otras habitaciones. Mueblario muy rico. Mesa despacho, canapé, velador, etc. etc.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE y TAVERNY

TAV. Conde, los informes que dí á usted eran exactos?

CONDE Completamente, Barón y su iniciativa feliz ha producido los frutos consiguientes!

TAV. De veras?

CONDE Fermín, mi antiguo ayuda de cámara que como usted sabe vive cerca de la familia, ha podido completar los datos.

TAV. De modo que yo no me había equivocado? Era ella?

CONDE Ella, que se dirigía anteanoche á ese hotel *indecente*... Además no se ocultaba; dió su nombre á uno de los mozos.

TAV. Es posible?

CONDE Fermín se ha enterado de todo perfectamente. Vea usted para que le sirve ese nombre... para arrojarlo en el fango! Qué vergüenza!.. Llegó á la *madriguera* entre diez y once. Un hombre la esperaba.

TAV. Sabe usted su nombre?

CONDE Andrés Cherás.

TAV. Su amante?

CONDE Las gentes del hotel, no lo ponen en duda, ante la manifiesta intimidad, y las demostraciones de cariño apasionado que ella le prodigó. Pero pronto sufrieron una imprevista y trágica prueba: porque dispuso el cielo para su castigo, que el individuo muriera repentinamente... y la miserable permaneció más de una hora junto al cádaver, cubriéndole de besos y sollozando desesperadamente.

TAV. Quien diría que aún no hace mes y medio lloraba del mismo modo sobre el cadáver del pobre Juan Revel.

CONDE Ella se ha ocupado de todo lo concierniente á las formalidades por la defunción, abonando los gastos que había hecho el muerto y el importe del entierro que tendrá lugar hoy, dispuesto por ella misma, y, según anunció, con el propósito de asistir á la conducción. Después salió del hotel llevándose consigo un niño que su amante acompañaba...

TAV. Hijo tal vez de ambos.

CONDE Seguramente, porque al salir el muchacho la llamaba *mamá* Eh? vaya una mujer!.. Dios la castigó privando de la vida á su amante, pero esto no basta... Yo también la castigaré!

TAV. Está usted en su derecho.

CONDE Es ese mi deber! y crea usted que le agradezco cuanto ha hecho por mi, querido Barón. Su padre de usted que como yo, colocaba el honor por encima de todo, hubiera aplaudido cuanto ha trabajado usted en pró de la honra de su antiguo amigo! (Consultando el reloj). Fermín tarda... Habrá varado en algún escollo?

TAV. Creo que oigo su voz.

CONDE Sí, en efecto...

ESCENA II

Dichos: CRISTIÁN, ISABEL, FERMÍN, después ANITA.

CONDE Cuenta, Fermín.

FERM. (Obligando á Cristián y á Isabel á que pasen delante de él) Señor Conde, el señorito Cristián y la señorita Isabel se hallaban en el Parque *Monceau* y yo los traigo.

CONDE Por fin! (Abriendo los brazos) Hijos míos!

ISAB. Buenos días abuelito! (Vá hacia el Conde y le abraza con pasión).

CONDE Viene Anita también?

ANITA Sí, señor Conde.

FERM. La hemos aguardado mientras fué á buscar su cofre.

ANITA Y luego recorrimos las principales tiendas según las órdenes del señor Conde y hemos comprado lo necesario para los niños.

FERM. Es lo que nos ha retrasado.

CONDE Que ocupe Anita el cuarto verde al lado de Cristián.

ANITA Bien, señor Conde.

FERM. Venga usted, Anita... la instalaré en su cuarto. (Anita y Fermín, vánse).

CRIST. (Mirando á su alrededor) Pero dónde está mamá?

CONDE Pronto vendrá, querido.

CRIST. Fermín nos ha dicho que ya estaba aquí... y que nos esperaba.

ISAB. También Anita lo ha dicho.

CRIST. Dime, abuelito, porqué ha traído Anita á tu casa su baul?

CONDE Oye, oye, Cristián. Tú no me has abrazado todavía.

CRIST. Ay, es verdad! Perdóname abuelito! Pero, mamá vendrá enseguida, verdad?

CONDE (Después de dudar) Si, si... Mientras tanto, como hace un tiempo hermoso, voy á decir que enganchen, y os llevaré á dar un gran paseo por el Bosque de Bolonia.

ISAB. (Saltando de alegría) Ay, si abuelito! En la carre-

tela... con los dos cocheros que llevan tantos botones dorados!..

CONDE Justo! (A Cristián) Y tú, Cristián, no te alegras?

CRIST A mi me gustaría más salir á pié con mi mamá.

CONDE A nuestro regreso encontraréis unos juguetes preciosos que he comprado para vosotros. Una muñeca grande con un ajuar completo... para Isabel, y una bicicleta muy bonita para tí. (A Cristián). Eh? qué te parece? qué dices á eso?

CRIST. Nada! Prefiero á mamá.

CONDE (A Taverny exasperado) Qué terco!

CRIST. Mamá no tiene dinero... pero nos acaricia en sus brazos y juega con nosotros á las cuatro esquinas... á la comba... hasta al escondite!

TAV. Ah! Persuadir á éste, trabajillo costará. (bajo al Conde).

CONDE Mucho me lo temo.

TAV. (A Isabel) Dime, nena, á ti te habrán enseñado que no se debe mentir, no es cierto?

ISAB. Si señor.

TAV. Pues bien. Anteanoche no os dejó solos, en casa, mamá?

ISAB. Sí, señor.

TAV. Y sabes tú, por casualidad, á qué hora volvió de la calle?

ISAB. Sí; Cristián dormía... El ruído de la puerta me despertó á mí. Mamá nos abrazó... Lloraba... Y me dijo que me durmiera enseguida... después corrió las cortinas de nuestras camas porque salía el sol.

CRIST. Porqué lloraba la mamá, dí..? Debías haberme despertado para darle un beso. (Fermín aparece).

ESCENA III

Dichos. FERMIN

FERM. Señor Conde. Anita está instalada...

CONDE Vamos en su busca... Venid, hijos míos, que

os van á vestir para marcharnos. Perdone usted, Barón, soy con usted al instante.

TAV. Espero.

CRIST. Y estás seguro, abuelito, de que cuando volvamos habrá venido mamá?

CONDE (Imitando) Sí, sí! Y dále! (Vánse el Conde, Isabel, Cristián y Fermín).

ESCENA IV

TAVERNY solo.

TAV. Mi venganza será completa! (Le interrumpe un rumor de voces que proceden del foro).

UN CRIADO (En el fondo) Le digo á usted, señora, que no se puede entrar.

LA VOZ DE PAULINA Quiero hablar al conde de Revel; es preciso!

TAV. Ella!

FERM. El señor Conde no está visible! Ha cerrado la puerta de su habitación...

PAUL. (Siempre en el interior, pero más cerca) Bueno! La echaré abajo si es preciso! (Entra seguida de un lacayo y de Fermín).

LACAYO Señora, nos han dado orden de que no pase nadie.

PAUL. Me han robado mis hijos!.. No saldré de aquí hasta que sepa dónde están!

FERM. Eso lo veremos.

(Taverny apartado).

PAUL. (Sentándose cerca de la mesa despacho) Puesto que le digo á usted que no saldré... lo único que debe hacer es anunciar á su amo que deseo verle y que le espero...

TAV. (Avanzando) Avisad al señor Conde. (Los criados se inclinan y vánse).

ESCENA V

PAULINA, TAVERNY, luego el CONDE.

PAUL. Ah! Caballero... ya que le encuentro... usted debe saber... me puede decir... Están aquí mis hijos. ¿Verdad?

TAV. Lo ignoro, señora.

PAUL. Sí, sí... usted lo sabe... pero no quiere decírmelo. Hace usted mal, muy mal! Comprende mi sufrimiento, voy á perder el juicio..! Estuve ausente algunas horas... fuí á un entierro...

TAV. (Con ironía) De alguna persona querida, sinduda

PAUL. (Mirándole fijamente) De una persona á quien yo quería entrañablemente... Sí... A mi regreso hallo mi casa desierta... llamo á mis hijos en vano... y un recuerdo cruzó mi mente. Ante ayer recibí la visita del señor Conde de Revel, para anunciarme que me los arrebataría. Efectivamente, ha cumplido su promesa, verdad?

TAV. (Irónico) Pregúnteselo usted, señora.

PAUL. Será preciso que me los devuelva.

TAV. La hora de la justicia parece que ha sonado. (Mirada terrible) y la de la venganza también.

PAUL. (Echándose atrás) La venganza!.. Es verdad, usted también me prometió vengarse, y le encuentro aqui, en casa del señor Revel... Puesto que acaban de robarme los hijos... usted ha intervenido indudablemente en semejante traición.

TAV. Pues bien, sí; lo confieso, yo hice que la vigilasen á usted... que la espiasen, y yo fuí quien aportó al Conde de Revel las pruebas de su indignidad!

PAUL. Mi indignidad?

TAV. Escuche usted... tengo sobre el señor Revel una influencia tal que le coloca á merced de mi voluntad. Surja de esos labios seductores una palabra de esperanza... é intentaré deshacer lo hecho, y poner los medios para que inmediatamente vuelva usted á recuperar sus hijos!

PAUL. A ese precio, jámás! Los recuperaré con mi propio esfuerzo!

TAV. Pruébelo usted... (Señalando al conde que entra).

CONDE (Yendo hacia Paulina) Acaba usted de allanar mi morada, señora, pero... enemigo del escándalo, consiento en aceptar la entrevista que de mi solicita.

TAV. Dejo á usted...

CONDE No! (Llama) Mi conversación con esta señora será muy breve. (Fermín aparece trayendo sobre una bandeja revistas y periódicos) Espéreme usted un momento... aquí hay revistas ilustradas, los periódicos de la tarde. (Señalando al salón del fondo).

TAV. Estoy á sus órdenes. (Sale seguido de Fermín que lleva los periódicos).

ESCENA VI

EL CONDE, PAULINA.

CONDE (Avanzando) Ahora hable usted; que quiere de mi?

PAUL. Y usted me lo pregunta? Quiero el único bien que me resta en el mundo. Quiero á Cristián é Isabel... quiero mis hijos!

CONDE Los hijos de mi hijo Juan, querrá usted decir...

PAUL. Desde cuando no son míos también?,.

CONDE Desde que su madre es indigna de tenerlos á su lado! Ya previne á usted, señora... si: tuve la debilidad, la indulgencia de aconsejarla, pero usted no tomó en consideración mis consejos. Tanto peor para usted.

PAUL. Yo no hice nada que merezca semejante reproche ni tal castigo. No he cometido acción alguna reprensible!

CONDE Verdaderamente! Pero... Cómo calificaría usted cierta salida furtiva... y esa noche pasada en un hotel que le indicaré si lo desea, en el cual se reunió usted con su amante?

PAUL. Yo no tengo amantes! Gracias á Dios aun soy y lo seré siempre, digna de aquel por quien visto de luto, de aquél cuyo nombre llevo con honra!

CONDE No me recuerde usted eso señora. No me recuerde que mi hijo llegó á despreciar todo un porvenir de gloria por culpa de una miserable como usted!

PAUL. Señor...

CONDE Es inútil negar... Los hechos hablan por mi.

PAUL. De modo que se niega á devolverme á Cristián é Isabel?
CONDE Me niego rotundamente.
PAUL. En tal caso tendré que volver á buscarlos amparada por el Comisario de Policía.
CONDE Ni á él ni á usted los entregaré, señora. Tendrá usted necesidad de acudir á la Ley... y aguardo con serenidad el proceso que revelará vuestra vergüenza públicamente.
PAUL. Soy inocente de cuanto usted me acusa!
CONDE Sí. Un amante más ó menos no significa nada para usted.
PAUL. No fué á un amante á quién fuí á visitar en aquel hotel.
CONDE (Yrónico) Pues á quién?
PAUL. A mi hermano. (Esforzándose).
CONDE Su hermano, el condenado en rebeldía, el ladrón!
PAUL. Enrique no fué ladrón! Su inocencia brillará un día. Y yo seré, probablemente, quien tenga la dicha de proclamarla con la misma claridad y firmeza que demuestro la mía.
CONDE Si el hombre que fué usted á buscar al hotel de Sicilia, hubiera sido su hermano, como asegura, por qué se inscribió bajo el nombre de Andrés Cherás?
PAUL. Ah! También eso lo sabe usted?.. La contestación no puede ser más sencilla. Si mi desdichado hermano apeló á ocultarse bajo nombre supuesto fué porque el suyo propio le hubiera arrojado sin remisión en manos de la policía.
CONDE Cuando llegó el momento de declarar la muerte de este hombre, poco le importaba ya la policía. Porqué entonces no dijo usted su verdadero nombre? Porqué siguió usted aplicándole el de Andrés Cherás? Esto es una falsedad en escritura pública y el código tiene marcada la pena correspondiente. El que comete este delito, vá á presidio!
PAUL. (Aterrada) A presidio?
CONDE No lo sabía usted?
PAUL. Soy mujer, señor Conde, y no conozco bien la Ley. Pero si me preguntan diré la ver-

dad... Por un noble sentimiento de piedad respeté el nombre que había tomado mi pobre hermano. El suyo está mancillado, mancillado injustamente, yo lo aseguro! No quise que las gentes al pasar frente á su tumba pudieran exclamar: «Aquí yace el ladrón, el sentenciado á presidio... el contumaz..! No quise que la calumnia que le mató, le persiguiera más allá de la muerte!..

CONDE En verdad, señora, si yo no la conociera á usted, al ver la sinceridad de su expresión, y ese acento doloroso, llegaría á convencerme. Por fortuna sé quien es usted... Tiene usted una sola prueba de cuanto afirma?..

PAUL. Una prueba?.. (Balbuciente).

CONDE Tiene usted un testigo en defecto de prueba... Ha visto alguien á ese supuesto Enrique Megrèt?

PAUL. No! nadie!.. Pero aguarde usted... Sí!.. Una prueba? Tengo una!

CONDE Cuál?

PAUL. Su carta! La carta que Enrique me escribió participándome su llegada y que recibí hallándose usted en mi casa.

CONDE (Recordando conmovido é inmutado) Aquella carta que tanta impresión le produjo?

PAUL. Había motivo señor Conde...

CONDE Escuche usted, señora. La detesto á usted, es verdad... porque quitándome á mi hijo único, había usted destruido todas las ilusiones que yo acariciaba para su porvenir. Pero ante todo soy hombre honrado... Enséñeme usted esa carta y arrojaré en sus maternales brazos á Isabel y Cristián... pidiendo á usted, además, perdón por haberla acusado tan injustamente.

PAUL. (Buscando en sus bolsillos. Deteniéndose y lanzando un grito) Ah!.. no la tengo! La quemé .. la reduje á cenizas en la misma habitación de mi hermano para evitar que le comprometiera si caía en manos extrañas ..

CONDE (Irónicamente) Pero la documentación del difunto, sus papeles... Los poseerá usted. Con ellos puede restablecerse su estado civíl.

PAUL. No!.. Porque los papeles que llevaba consigo no eran los suyos.

CONDE De quién son, entonces?

PAUL. Del verdadero Andrés Cherás, de quién tomó el nombre, y el cual se los remitió antes de abandonar Bruselas donde aquél habitaba. Oh!.. Pero yo iré... yo le descubriré... sí! sí! he ahí el testigo irrecusable!.. A pesar de todos los odios, la verdad brillará!..

ESCENA VII

Dichos, TAVERNY

TAV. (Entrando) Perdóneme, usted, si le interrumpo, pero se trata de un asunto muy grave... Lea usted Conde.

CONDE Qué es ello?

TAV. El diario de esta tarde. Trae un relato que puede interesar á usted (Señalando el punto) Aquí. *La catástrofe de Ostende.*

CONDE (Leyendo) Nos telegrafían de Bruselas á última hora lo siguiente: Una terrible catástrofe ha tenido lugar esta noche en la línea del ferrocarríl de Bruselas-Ostende. El tren rápido 85, ha descarrilado en el kilómetro 65» (Interrumpiéndose). Vaya una noticia!

TAV. Continúe usted.

CONDE (Leyendo) «Las víctimas son numerosas, pero casi todos los cadáveres han quedado desfigurados. He aquí los nombres de los primeros cuya identidad sólo ha podido realizarse por los documentos que les acompañaban. *Emilio Greten*, fogonero del tren, belga. La señora *Viuda Hennebrut*, de *Liege*. *William Henrik*, negociante inglés. (Con marcada impresión) *Enrique Megret*, Francés... Momentos antes de meter en prensa nuestra edición, la prefectura de Policía nos comunica que dicho *Enrique Megret* es el cajero de

este nombre sentenciado por contumaz á veinte años de trabajos forzados...»

PAUL. (Aterrada) Dios mío! Dios mío!!.

CONDE Y pensar que por un instante me conmoví llegando á creerla... ¡oh! sabe usted mentir admirablemente, y no me asombra que mi desgraciado hijo Juan haya sido víctima de sus sugestiones.

PAUL. Por piedad! Escuche usted...

CONDE Hemos terminado!

PAUL. Soy inocente... lo juro por la memoria de Juan de Revel; por la salud de mis hijos!.. (Taverny se encoge de hombros).

CONDE Retírese usted; harto soporté su descocada impertinencia.

PAUL. No me marcharé sin Isabel y Cristián! (Con explosión de firmeza).

CONDE Será preciso, pues, que te arrojen mis criados!

PAUL. Yo quiero mis hijos!,. (Nerviosa y con locura).

CONDE Usted lo ha querido!..

PAUL. Cristián!! Cristián!! Isabel !! Hijos (Fermín y el lacayo aparecen por la puerta del fondo, luego por de la derecha Cristián é Isabel).

ESCENA VIII

Dichos CRIADOS, CRISTIAN é ISABEL.

CRIS. Mamá! Mamá!

CONDE (Al mismo tiempo) Echad á esta mujer! (Los criados agarran á Paulina).

PAUL. Ah! Hijos míos! venid con vuestra madre! (Tiende los brazos hacia ellos. El Conde sujeta á Cristián mientras que Isabel se mantiene al lado de su abuelo agarrado á su levita).

PAUL. (Conducida por los criados) No! no! Os prohibo tocarme... ¡ah! (Haciendo esfuerzos).

CONDE Obedeced! fuera de aquí!

PAUL. Hijos míos... No hagais caso de cuanto os digan de mí... si tratan de mancillarme á vuestros ojos! respondedles siempre que

vuestra madre es una víctima... y que mienten!.. (Su voz se pierde porque los criados la arrastran fuera de escena).

CRIST. Mamá! Quiero marcharme contigo! Mamá!

CONDE Cristián! (Deteniéndole).

CRIST. Ay! Que me haces mucho daño... abuelito!!. (Llora quejándose).

(Cuadro bien dispuesto).

TELÓN

SEGUNDA PARTE

CUADRO CUARTO

En 1903

Modesta tienda de mercería y modas. A la *derechá* el taller. Al lado, puerta de la escalera que conduce á la habitación. A la *izquierda*, puerta que dá al boulevard. Escaparate con sombreros. Mostradores. Aparatos de alumbrado. Mercancías adecuadas. La «Caja» á la *derecha*.

ESCENA PRIMERA

CLARA, LUISA, ANTONIA y otras obreras, en el cuarto de hora de descanso.

ANT. Vamos; cuando el señorito Raimundo pasa por delante de la tienda, te pones encarnada, blanca, azul, verde...

LUISA Dí que su cara es el Arco Iris.

CLARA Os aseguro, que yo...

LUISA Y la verdad del caso es, que Raimundo tiene su *adorado tormento*, pero... (Chasquido de lengua) hasta allí! Una morena... de la alta sociedad!

ANT. Sí? Cuenta, cuenta.

LUISA Este invierno, estaba yo con mi novio en el gallinero de la Opera. Ví al señorito Raimundo con un joven y una joven que parecía una princesa por sus maneras y empaque, pavoneándose en un palco. El hijo de la maestra estaba pálido, como Clara en este momento, y se comía con los ojos á la aristocrática joven.

ANT. Tan triste es el caso para que llores, Clara?..

LUISA Es que Raimundo sufría porque la señorita ilustre, estaba en esfera más alta que él... ¡pues! lo mismo que él está más alto que la pobre Clara.

ANT. El señorito Raimundo es buen mozo y gallardo... pero su posición no tiene nada de halagüeña (Bajando la voz) porque aquí... los negocios...

CLARA Desde la muerte de Teresa Renaud... la otra socia, ocurrida hace ocho meses... esto va cada vez peor!

ANT. Pobre señora Blandin!..

LUISA Ha debido sufrir mucho en la vida.

ANT. Vaya! Mi prima Julia, sabéis? Julia...

TODAS Qué?

ANT. Una tarde entró en el cementerio del Padre Lachaise. Cuando de repente vé á la señora Blandin, la maestra, que estaba delante de una tumba llorando. Mi prima iba á marcharse cuando oye ruido de pasos. La señora Blandin volvió la cabeza y después de fijarse en los que venían... huyó! Huyó de un señor anciano y severo que se aproximaba con un señorito y una señorita. Estos traían en la mano hermosos ramos de flores... que fueron depositados por ellos en aquella tumba. Julia vió á la señora Blandin enviar besos, sin ser vista, á los jóvenes... Cuando todos se marcharon, mi prima se acercó á la tumba y leyó esta inscripción: *A la memoria de Juan de Revel.* ¿Qué os parece?

LUISA Que en ello hay misterio... y que nuestra ama ha debido ocupar en tiempos pasados una brillante posición.

ANT. Tambien es raro que sus dos hijos no se parecen uno al otro!

LUISA La señorita Germana se parece á su madre.

ANT. La señora Enriqueta, nuestra primera oficiala, me dijo que era hija... hija... ah! ya recuerdo! póstuma! Di, tú, que lees tantas novelas, qué es eso?.. (A Clara).

LUISA. Es una hija nacida después de la muerte de su padre.

ANT. Entonces la señorita Germana vino al mundo cuando su madre ya era viuda?

LUISA Es claro!

ANT. Mirad, mirad en la tienda de sombreros de enfrente, qué surtido de novedades están colocando en el escaparate.

LUISA Oh! *La jolie parisienne!* Eso es un despilfarro! A ver si adivinais á cómo venden los sombreros mosqueteros iguales á los nuestros de *diez, noventa y cinco?*

ANT. En los que tanto confía la maestra?

LUISA Pues los dán á *cinco, noventa.*

ANT. De veras? qué barbaridad!

LUISA Sabes que quiere decir eso?

ANT. Qué?

LUISA Quiere decir que el dueño de la tienda de enfrente, abierta hace apenas tres meses, ha jurado arruinarnos. Parece que detrás de él hay quien tiene mucho dinero. Me lo ha dicho la encargada del taller.

ANT. Eso es verdad. En cuanto nosotras sacamos un nuevo modelo, ellos se lo procuran y lo venden á *un cincuenta por ciento* más bajo que esta casa.

LUISA Claro! Así es que aquí no viene nadie á comprar.

ANT. Sí; hace poco se han vendido dos carretes de hilo! (Burlona). Esto va mal. La maestra al marcharse llevaba un humor de mil diablos! Y se vé que la señora Enriqueta, á quien ella no oculta nada, está intranquila.

LUISA Eso sería una desgracia para la señorita Germana.

ANT. Haría lo que nosotras... trabajar. Chist! callarse. Aquí está.

ESCENA II

Dichas, ENRIQUETA. GERMANA.

ENR. (Con un sombrero en la mano) Ea!.. pasaron los quince minutos.

ANT. Adentro!

LUISA Bonito sombrero!

GERM. Le parece á V. bien?

ANT. Es precioso. Ya se vé en él la mano de nuestra primera oficiala.

ENR. Pues te equivocas. Este sombrero no es obra mía.

LUISA Que nó? Fuera broma! Aquí no hay quien tenga ese gusto, ese *chic* para confeccionar el adorno, excepto usted. (Enriqueta ha colocado el sombrero sobre la percha especial que hay en el aparador).

ANT. Aquí viene la maestra.

LUISA Vamos al taller! (Las cuatro obreras entran en el taller canturreando. Paulina aparece por la derecha fatigada; conserva su belleza).

ESCENA III

Dichas, PAULINA

GERM. Al fin estás de vuelta, mamá.

PAUL. Sí, hija mía... Enriqueta! no puedo más. (Sentándose).

GERM. Y la jaqueca?

PAUL. (Quitándose el sombrero que entrega á Germana) Estoy algo mejor!..

GERM. Cuanto me alegro! (Pausa).

ENR. No se fija usted, señora?

PAUL. En qué? Qué hay..? (Fijándose en el sombrero que trajo Enriqueta) Ah! Este sombrero! (Tomándolo) Precioso! Muy bien. Un trabajo de Clarita, eh?

GERM. No mamá (Sonriendo).

PAUL. Vamos, de Luisa.

GERM. Tampoco!..

PAUL. Qué torpe soy!! Entonces este adorno tan acabado no puede ser más que de Enriqueta.

GERM. No lo aciertas! (Sonriente)

PAUL. Ah! tal vez... tú... (Por Germana).

ENR. Si, señora!

PAUL. Hija mía!.. no lo imaginaba... Está muy bien, ¿verdad Enriqueta?

GERM. (Volviéndo á colocar el sombrero). Ya ves que si fuese preciso podría ganarme la vida.

PAUL. Ya lo creo!..

GERM. En vista del éxito, voy á empezar otro sin

pérdida de tiempo, y os dejo á solas para que trateis de vuestros negocios. (Se dirige hácia el taller)

PAUL. Germana! (Llamándola).

GERM. Qué quieres mamá?

PAUL. (Mirándola con cariño como si quisiese decirle algo, aparentando cambiar de idea). Quería besarte! (La besa con efusión. Germana, vase)

ESCENA IV

PAULINA y ENRIQUETA

ENR. Bien, señora: y el resultado de las diligencias?

PAUL. Todo es inútil, querida Enriqueta. Es un abismo abierto á nuestos pies.

ENR. De modo que el poseedor de los pagarés de la señora Renaud, su asociada, (q. e. p. d.) no ha querido conceder á usted nueva prórroga?

PAUL. He visto el alguacil encargado de estas diligencias, y nada puede hacer por mi... (Tomándo su mano). Lo que me disgusta es que me dijo que nuestro acreedor es el actual propietario de la "*Jolie Parisienne*" (Señalando á la puerta de entrada).

ENR. Esa tienda de enfrente que nos está haciendo tan cruel competencia?.. ¡ah, veo la jugada!

PAUL. Me abrumó esta revelación. Enriqueta... es horrible!.. horrible!.. (Irguiéndose: la mirada dura.) Mañana esta tienda se cerrará!

ENR. Quién sabe, señora. Tal vez ese hombre que ha de venir, se avenga á razones. Y á propósito; tenía que decir á usted una cosa. Me permití hablar de estos apuros á mi marido. Es agente de negocios, como usted sabe, y bastante listo. Puede ser que él la aconseje bien.

ENR. (Yendo á la puerta). Por si acaso, lo cité y espera en la terraza del café de enfrente... Quiere usted que le llame?..

PAUL. Bueno! (Enriqueta sale un momento). Un medio de salvación... un recurso que impida que mis hijos se queden mañana en la calle, sin casa... sin pan tal vez.

ESCENA V

Dichas, y ANATOLIO

ANAT. Señora Blandin: permítame que la ofrezca mis respetos.
PAUL. Caballero...
ENR. Ya he contado á la señora. Habla... Está en antecedentes...
ANAT. En ese caso, señora, vamos al asunto sin rodeos... si usted me permite...
PAUL. Diga, usted, diga.
ANAT. Esta casa de comercio está á nombre de usted ¿verdad?
PAUL. Sí, á mi nombre. Mi asociada, la señora Renaud, así lo dispuso antes de morir, hace unos... ocho meses.
ANAT. De suerte que los *pagarés* que tiene usted que recoger están firmados de puño y letra de su antigua asociada.
PAUL. Sí, señor.
ENR. Ya te lo dije.
ANAT. Espera!.. (A Paulina) Ni la firma ni el endoso de usted figuran en los documentos?
PAUL. No, señor. Mi pobre amiga era la única que se ocupaba de las compras y vencimientos.
ANAT. Entonces, vamos viento en popa!
ENR. Ah! vé usted?
ANAT. Y no comprendo, señora Blandin como no se le ha ocurrido utilizar el recurso que la Ley le concede.
PAUL. Cual?
ANAT. El derecho absoluto que le asiste de no asumir responsabilidad alguna en las deudas de su ex-asociada.
ENR. Muy bien! Eso es!
ANAT. Siendo los créditos anteriores á los convenios entre ustedes, usted nada tiene que temer bajo el punto de vista legal.
ENR. Qué?
PAUL. (Levantándose). Y eso es lo que me propone usted?
ANAT. Es claro! Hablo como hombre de negocios

que conoce y sabe lo que se dice... Esto es corriente practicarlo! Es una solución comercial.

PAUL. Será solución muy comercial, como usted dice, pero permítame que la encuentra poco honrada.

ENR. Ya!..

PAUL. Agradezco su consejo, pero, siento no poder aprovecharlo; usted perdone.

ENR. Pero señora...

ANAT. Señora, aseguro á usted... qué...

PAUL. Basta! (Paulina entra por la derecha).

ESCENA VI

ANATOLIO y ENRIQUETA

ENR. Valiente Fracaso!.. Vaya un recurso... el tuyo!

ANAT. Sin embargo...

ENR. No se te ocurren mas que malas ideas! Yo que te creía corregido...

ANAT. Pero si lo estoy, Enriqueta.

ENR. Quita, quita!.. Envenenas todo cuanto tocas! Cuando pienso que por tu causa perdí mi escrúpulo de conciencia, y procedí con tan poquísima honradez...

ANAT. Pués y yo, pensar que por tí acabaré en honradísimo padre de familia!

ENR. Si, aguarda!

ANAT. Será una barbaridad... pero el amor es capaz de todo!

ENR. No es atroz, que para casarme contigo... para conseguir la dote que me exigías, accediera yo á la realización de aquel verdadero crimen!..

ANAT. Aún tienes el valor de hablarme de aquello?

ENR. Jamás despertaré en ti mis constantes remordimientos. Ah! Cuántos he sentido desde hace quince años... por haber tomado aquel tren *exprés* de Bruselas-Ostende.

ANAT. Lo creo!.. menudo susto! Como que descarrilamos.

ENR. No es eso!.. Es que entonces... robamos... Anatolio. Fuímos unos ladrones... ¿Oyes?

ANAT. (Tratando de imponerle silencio). Oigo! oigo!.. Pero nada tiene que ver... eso, para que grites y oigan los demás también! Exageras!

ENR. Si, eh?

ANAT. Naturalmente... En el tumulto de la catástrofe, un pobre muribundo te entregó una carta *certificada*... tratando de pronunciar una palabra que no comprendiste...

ENR. Si la entendí... "Correo!" "Correo!" es la palabra que balbuceaba.

ANAT. Qué sabes lo que quería decir!.. En semejantes momentos se delira...

ENR. Su voluntad estaba claramente expresada. Quería que nosotros enviasemos la carta á su destino... á quién iba dirigida á *Andrés Cherás*.

ANAT. Nuestro vecino en el Hotel de Sicilia que aquella noche abandonamos. Yo volví en su busca, pero Andrés Cherás había muerto. Qué culpa tengo? además los *seis mil francos* para nada habian de servirle al muerto!.. Así es que los utilizamos. Esto no es un robo!

ENR. Pero tú... sabias muy bien que el verdadero nombre del destinatario no era *Andrés Cheras*... La carta lo explicaba concretamente... *Enrique Megret*. tenía herederos.

ANAT. Ya! Pero, cómo encontrarlos?

ENR. Por aquella señora de Revel que se hallaba la misma noche en el Hotel de Sicilia podiamos habernos enterado.

ANAT. Para complacerte... busqué también á aquella señora! pero había desaparecido, se había evaporado! Si yo hubiese depositado *las monedas* en la Préfectura, cómo no las hubiera reclamado nadie, transcurrido un año y un día me hubiesen pertenecido. Yo, previsoramente, adelanté la fecha... Eso es todo! Esto me permitió comprar la Agencia del célebre *Bellejambe*, mi principal, y establecerme por mi cuenta.

ENR. En espera de tus futuros remordimientos, como yo los tengo, conste que no estaré sa-

tisfecha, ni tendré la conciencia tranquila, hasta el día en que los *seis mil francos*, sean restituídos á su verdadero dueño.

ANAT. Pero donde está?

ENR. Corre... busca... olfatea... inquiere.., huronear es tu oficio!..

ANAT. Oye, oye, mujercita mía...

ENR. No me llames mujercita tuya. Porque no volveré á serlo, fijate bien!.. hasta que los *seis mil francos* se hallen en mi hucha!..

ANAT. *Seis mil*!.. Pues no se necesita poco tiempo para reunir esa cantidad.

ENR. Peor para tí!., Ahora anda, busca, busca!..

ANAT. Vamos! me convertiré en perro perdiguero.

ENR. Aqui está la señorita Germana... (Al marcharse Anatolio, toma un sombrero de mujer que hay sobre el mostrador, en vez del suyo) Eh!.. Estás loco?

ANAT. (Después de dejar el sombrero y tomar el suyo) Ah! Una distracción! No me dás un abrazo?

ENR. Después que tenga ahorrados los *seis mil francos*, entonces...

ANAT. Qué?..

ENR. Entonces romperemos la hucha. (Le echa de la tienda).

ESCENA VII

ENRIQUETA, GERMANA

GERM. Está usted sola, Enriqueta?

ENR. Si, señorita; su mamá ha subido á la habitación.

GERM. Ha vuelto la jaqueca á molestarle?

ENR. No, pero su mamá necesitaba descanso.

GERM. Pobre mamá! ¡El velar tanto por los intereses, agrava sus padecimientos! Y la venta de hoy no es mejor que la de otros días?

ENR. Hoy es viernes, señorita.

GERM. (Suspirando). Años atrás, en las semanas no faltaban los viernes, y eran dias de magníficos ingresos.

ENR. (Arreglando el escaparate). Señorita, un carruaje con escudo de armas en la portezuela, ha para-

do. Un señorito y una joven elegante, bajan...

GERM. No vendrán aqui!..

ENR. Vaya!.. Mírelos usted. Tenga la bondad de pasar... (Abriendo la puerta, graciosamente).

ESCENA VIII

Dichas, ISABEL y CRISTIAN

ISAB. (Próxima á la puerta) Si, Cristián, tenemos tiempo. Ya sabes que el abuelito quiere estar siempre en la estación mucho antes...

CRIST. (Mirando el reloj). Disponemos de media hora por lo menos. El tren de *Compiègne* sale á las cinco y media.

ENR. Qué deseaba usted señorita?

ISAB. Vamos al campo y veo que mi doncella ha olvidado el velo de mi sombrero ¿tiene usted velos?

ENR. Ya lo creo. Lo querrá usted de la mejor clase, verdad?

ISAB. Naturalmente. (Enriqueta sube sobre una banqueta y vuelve á bajar con una caja).

ENR. Vea usted lo más superior, señorita.

ISAB. Este me sacaría del apuro! Cuánto?

ENR. *Ocho francos, con setenta y cinco.* (A Germana). No es eso, señorita Germana?

GERM. Si, eso es. (Desde la caja)

ISAB. Estos me cuestan á *quince francos*, en casa de mi modista!

ENR. (Con gracia). Eso prueba que vá usted á ser nuestra parroquiana, señorita.

ISAB. Por de pronto, voy á llevarme dos. (Durante este tiempo, Cristián ha examinado el sombrero hecho por Germana que se halla en el mostrador sobre la percha).

CRIST. Mira qué sombrero tan bonito!

GERM. Lo encuentra usted bonito?

CRIST. De veras! Fíjate Isabel.

ISAB. Verdaderamente es precioso!

GERM. Quiere usted probárselo?

ISAB. Es que mi abuelito nos estará esperando...

CRIST. Todavía faltan veinticinco minutos.

ISAB. En ese caso...

ENR. Aquí están los velillos de la señorita, caballero.

CRIST. Gracias. (Isabel se quita el sombrero)

GERM. Me permite usted. Estoy segura de que le vendrá á las mil maravillas. (Isabel se deja probar el sombrero por Germana).

CRIST. Ya lo creo. Perfectamente.

GERM. Verdad que si? El color de la paja está en armonía con el tono del cabello de la señorita.

ISAB. Y aquí han confeccionado este sombrero?

GERM. Si, señorita.

ISAB. Luego hay obreras de mérito como en los grandes almacenes?

GERM. Eso, no...

CRIST. Sin embargo, la que haya adornado este sombrero, es una verdadera artista.

GERM. Exagera usted, señorito.

ISAB. Mi hermano no exagera nada. El conjunto es de un gusto y de una elegancia perfecta.

GERM. Nada puede satisfacerme tanto, como esa apreciación, señorita.

ISAB. Será usted tal vez la confeccionadora.

GERM. Si, señorita. Precisamente es mi primer ensayo.

CRIST. Es posible?

ISAB. En ese caso, permítame que le diga que su puesto no es este; usted no debe trabajar en una tiendecilla sin importancia, como esta.

CRIST. Isabel!

GERM. Estoy aquí con mi madre á la que quiero mucho, comprende usted?

CRIST. (Con triste emoción comprimida) Tiene usted razón, señorita. Y ya que tiene usted la suerte de *tener* madre aun, permanezca junto á ella el mayor tiempo posible!..

ISAB. Bueno! me llevo el sombrero. Cuál es su precio?

GERM. No lo sé todavía, se ha terminado esta misma tarde. Voy á preguntárselo á mi madre. Me permite usted un momento?

ISAB. No faltaba más! (Germana váse con el sombrero).

ESCENA IX

ISABEL, CRISTIAN

ISAB. Es muy amable esta jóven.

CRIST. Sabes cómo se llama?

ISAB. Cómo quieres que yo sepa...

CRIST. Se llama... Germana.

ISAB. La conoces?

CRIST. No... pero mira el encabezamiento de esta factura: *112* bis. Calle... Lafayette. *Modas* y *mercería*. Y el nombre de la propietaria. *Paulina Blandin.*

ISAB. (Recordando) *Blandin*... tengo un vago recuerdo de ese apellido.

CRIST. (Mirando fijo á Isabel) Es la madre de mi compañero Raimundo, el que estaba en Chaptal conmigo hace dos años.

ISAB. (Movimiento desdeñoso) Ah! si, ahora recuerdo... Cómo? La madre de Raimundo es la dueña de esta... tiendecilla.

CRIST. No es ninguna deshonra, querida Isabel.

ISAB. Tampoco es una gran honra!

CRIST. Eres algo cruel con mi amigo Raimundo.

ISAB. No, es que le encuentro muy atrevido!..

CRIST. Atrevido?

ISAB. (Con dureza) Sí, señor... queriendo tratarse y alternar contigo... como lo ha hecho.

CRIST. Fuí yo el que busqué sus relaciones de amistad. Por lo demás, hace un año que no le veo como sabes. Y lo siento porque tiene un excelente corazón.

ISAB. Y á mi me complace ver que no os tratais con la intimidad de antes. Hubo un tiempo en que no se te veía más que con él... en el paseo, en el teatro... en la Ópera... Una noche tuviste la osadía de traerlo á nuestro palco!

CRIST. Qué tenía de particular?

ISAB. Yo sabía que no era de nuestra clase, que su madre se dedicaba al comercio, pero no soponía que fuese en estas condiciones.

CRIST. Su madre es una mujer admirable como él es el más leal de los hombres.

ISAB. Con qué calor les defiendes.

CRIST. Hablo bien de ellos porque se lo merecen. La señora Blandin no ignora que á Raimundo y á mí nos une una profunda simpatía desde que éramos colegiales juntos. Ella es la que ha puesto término á nuestras relaciones, persuadiendo á su hijo de que era perjudicial en la vida alternar con amigos de posición social superior á la que realmente ocupa. Ella es quién no ha querido conocerme; Raimundo que siente por su madre piadoso respeto, se resignó á obedecerla; y yo he sufrido... sufro todavía tanto como él.

ISAB. La señora Blandin es discreta y semejante determinación prueba que la *Modistilla*, tiene más tacto que su *señor* hijo.

CRIST. En verdad, Isabel, no te comprendo; tu carácter es orgulloso hasta la exageración. Por qué odías tanto á mi pobre amigo Raimundo?

ISAB. (Altanera) Yo... odíar á Raimundo? Estás loco?.. Me ocupo acaso de él?.. Pero su hermana hará que faltemos al tren...

CRIST. No... héla aquí ya.

ESCENA X

Dichos, GERMANA, luego PAULINA

GERM. El sombrero importa *veinticinco francos*, señorita.

ISAB. Veinticinco francos? Bien. Tome usted... cien. (Dándole un billete).

GERM. Ay! no tengo cambio... dispense usted (Yendo hacia el fondo) Mamá... Toma cien francos! cobra el sombrero. (Volviendo) Se lo enviaremos á casa, verdad?

ISAB. Sí.

GERM. (En la caja disponiéndose á escribir) Qué dirección?.. Ruego á usted me diga las *señas* de su domicilio.

ISAB. (Dictando) Señorita Isabel de Revel. 43. bis, avenida de los Campos Eliseos. (Paulina apareció en el fondo).

PAUL. (Aparte) Ellos!

GERM. El cambio! pronto mamá. La señorita tiene prisa.

CRIST. Oh! Todavía faltan diez minutos y la estación está á cuatro pasos...

PAUL. Cuanto es, Germana?

GERM. *Diez* y *siete cincuenta* de los velillos... y *veinticinco, cuarenta* y *dos francos cincuenta*... y *cincuenta* y *siete cincuenta*... hacen *ciento!*

PAUL. Aquí tiene usted señorita. (Dándole el cambio á Isabel)

ISAB. Gracias. (Algo desdeñosa).

PAUL. (Aparte suspirando tristemente) Qué hermosa es mi hija... y mi Cristián... qué mirada tiene de inteligencia y de bondad!

CRIST. Hasta más ver!.. señora... Felices tardes!..

GERM. (Abriendo la puerta) Que ustedes lo pasen bien. Señorita... si la hemos complacido, acuérdase de nosotras.

PAUL. (Aparte) ¡Dios lo quiera! (Vánse Cristián é Isabel)

ESCENA XI

GERMANA, PAULINA

GERM. (Mirando á la calle) Qué bonito, carruaje... qué hermosos caballos! Mira, mira, mamá! Hay personas que son felices en el mundo!.. y estos bien merecen serlo... son dos jóvenes verdaderamente amables. (Se vuelve y vé que su madre enjuga las lágrimas) Qué es eso? Lloras, mamá? ¿Qué tienes?

PAUL. Pensaba... en eso que acabas de decir, Germana mía. Que... esos dos jóvenes son ricos... todo les sonríe en la vida... mientras que tú...

GERM. No soy feliz!... más dichosa tal vez que

ellos? Tienen gran fortuna, sin duda; pero yo tengo... á mi madre!

PAUL. Ellos también la tienen!

GERM. Quizá no. Hace poco el joven pronunció algunas palabras de las que deduzco que su madre ha muerto!..

PAUL. Muerta... su madre?..

GERM. Y vuelves á llorar?... Dios mío... tu me ocultas algo.

PAUL. Germana mía!

GERM. Haces mal en no decirme cuanto piensas.

PAUL. Escucha... ya que es preciso. (Pausa) He retardado cuanto he podido la confesión dolorosa que voy á hacerte. Pero ya no hay remedio... Estamos arruinadas, pobre hija mía!

GERM. Y por eso lloras?

PAUL. Sí; mañana tenemos que declararnos en quiebra! Aquí todo está vendido. Lo poco que poseemos, nos lo arrebatan!

GERM. Oye, mamá. Yo presentía esta ruina. No te desesperes. Ya que no podemos impedirla, tomaremos una determinación. Nos marcharemos de esta tienda, retirándonos á un rinconcito tranquilo de París; trabajaremos juntas. Para mi no hay más que un tesoro sobre la tierra: tú. ¿Qué me importa lo demás!

PAUL. Ay! no conoces la vida!

GERM. La conoceré... Voy á preparar la comida. Esta tarde habrá un plato que te gusta mucho... Has de comer... ¿oyes? tienes que animarte... sonreirte. (Váse á la habitación después de dar un beso á Paulina).

ESCENA XII

PAULINA. ENRIQUETA. Obreras.

ENR. Vamos, vamos, muchachas. Ya es hora de ordenar un poco la tienda.

LUISA Anda... *Tonia*... que hoy pienso asistir al teatro.

ENR. (Avanzando hacia Paulina y en voz baja) Quiere usted que prevenga á las muchachas... diciéndoles que se busquen trabajo en otra parte?

PAUL. No, todavía no! Si acaso, mañana... Enriqueta. Deje usted que vea á ese hombre... á ese acreedor... quien sabe lo que podría ocurrir!.. (Las obreras han ordenado rápidamente lo que se hallaba en desórden en la tienda).

LUISA Buenas noches, señora.

PAUL. Vayan ustedes con Dios!

ANT. (A Clara) El señor gordo que ayer te ofreció el carruaje, está en la esquina.

LUISA De veras? Felices, señora Blandin... Buenas, señora Enriqueta!.. Vamos!

PAUL.
ENR. } Adios. Adios!

(Vánse las obreras. Enriqueta se pone un abrigo y sombrero).

ENR. Hasta mañana, señora... y ánimo..!

PAUL. Lo tendré.

ENR. Me permite usted un último consejo?

PAUL. Diga usted..!

ENR. Usted debía ver á un médico, sufre usted mucho... y podría sobrevenirle una enfermedad grave... Si no por usted, hágalo por sus hijos al menos!

PAUL. Gracias, amiga Enriqueta, seguiré su buen consejo.

ENR. Buenas noches. (Paulina dá la mano á Enriqueta que se marcha).

ESCENA XIII

PAULINA sola

Esta buena mujer tiene razón. Mi salud se halla quebrantada desde hace mucho tiempo... El día de mañana puede abatirme la enfermedad. (Oyendo la campana de un reloj de torre que dá las 8) Dan las ocho en San Vicente de Paul... Ese hombre ya debía estar aquí, ansío conocer sus intenciones, prefiero la certidumbre á la duda angustiosa. (Abriendo algunos

libros) Ah! Estas cifras! Su brutalidad me desespera!.. (Por la puerta, que dejó entreabierta Enriqueta, entra Taverny, ha envejecido poco. El cabello menos abundante; el semblante más pálido. Siempre elegante y su porte es casi más gallardo que hace 16 años).

ESCENA XIV

PAULINA. TAVERNY

TAV. Señora Condesa de Revel, me permite usted una breve entrevista?..

PAUL. (Sobrecogida y retrocediendo al reconocer al Barón) Usted!.. Qué quiere usted?

TAV. (Silencio en Paulina. Pausa) No le anunció á usted un alguacil que el poseedor de los *pagarés* suscritos por la señora Renaud, vendría á visitarla esta noche? .

PAUL. Era usted?.. ah! Luego esa casa que me declaró una guerra despiadada... no tiene otro propietario más que usted.

TAV. Perdóneme, soy comanditario, señora!.. En fin... es lo mismo. Tenía algunos fondos disponibles... y... mis antepasados no se degradaron, y por lo tanto yo tampoco, afrontando un negocio comercial.

PAUL. Comprendo.

TAV. Se lo he repetido á usted en otras ocasiones. Yo no renuncio jamás á lo que deseo poseer. Aun que hayamos vivido alejados no pude relegarla al olvido. Valiéndome de un medio muy sencillo, me enteré de lo que me convenía saber y temiendo volver á encontrar en usted la misma resistencia de aquel entonces... he apelado á nuevos recursos.

PALU. Y es propio de un noble aristócrata servirse de semejantes armas contra una mujer?

TAV. Convengo, si usted quiere, en que mi conducta es poco caballeresca, pero ¿quién tiene la culpa?

PAUL. Recuerde usted que por una extraña fatalidad, inconcebible, perdí el solo bien que podía proporcionar algún consuelo á mi do-

lor: ¡mis hijos! Cuando yo trataba de probar mi inocencia, el implacable sino, me *amordazó*... y *amordazada* continúo! Las mujeres á quienes les arrebatan sus pequeñuelos y no vuelven á verlos más... son menos desgraciadas que yo porque pueden creerlos muertos y... llorarlos! Yo no!... Para mi han muerto á pesar de que viven: mis huérfanos tienen madre; una madre que toda su vida pasará junto á sus hijos ignorada... y extraña para ellos!.. Aun no le satisface á usted esta venganza?..

TAV. Hace tiempo ofrecí á usted endulzar las amarguras y rigores de que se quejaba; usted me rechazó. Hoy todavía estoy dispuesto á devolverle la paz, la tranquilidad, la vida sonriente que tanto anhela!..

PAUL. Y mis hijos me los devolverá usted? (Con amargura).

TAV. Desgraciadamente, eso no está en mi mano. Pero tiene usted otros dos hijos cuya felicidad debe interesarle tanto como la de aquéllos.

PAUL. En nombre de estos imploro. Ya que me hirió usted influyendo en la pérdida de los primeros... evite usted el segundo golpe, que sería mortal para mi. ¡Piedad!

TAV. Me demanda piedad cuando no la tiene usted... de mi! Y esos hijos... por quienes suplica, no piensa usted que me recuerdan... que concedió á otros hombres lo que cruelmente persiste usted en negarme?

PAUL. Cómo?..

TAV. Negará usted que el mayor sea el hijo de aquél hombre, de aquél Andrés Cherás, con quien celebró usted la última entrevista amorosa en el hotel de Sicilia... y que la otra es... *una bastarda*?

PAUL. Protesto... Protesto contra esa indigna acusación!! Andrés Cherás pereció en Bélgica, y el hombre que murió en mis brazos en el hotel de Sicilia, era mi pobre hermano. El niño que entonces recogí era el suyo, mi sobrino Raimundo á quien adopté educándole

luego. En cuanto á Germana, es hija de mi Juan de Revel, fruto enviado por la providencia después de la muerte de su padre, para lenitivo de mi pena, sustituyendo ambos á los dos que me fueron arrancados de mis brazos.

TAV. Sea! Quiero creer á usted.

PAUL. Y... ser bueno y compasivo?.. (Suplicante).

TAV. Acepte mi ofrecimiento; desde mañana tendrá usted la tranquilidad, el bien estar, la ventura que desea tanto... para usted como para los que ama!

PAUL. (Rechazándole). Jamás! veo el odioso dilema con que cuenta usted para vencerme. La miseria ó su amor. Pues bien, mi elección esta hecha. Cara protección sería la de usted. Prefiero el frío, el hambre, el arroyo de la calle, la limosna del que pasa, á su dinero infame. Ese dinero que emplea en vengarse de una débil mujer... dinero que ha conseguido por medio del crimen!..

TAV. Qué dice?... (Estupefacto).

PAUL. Sí, por un crimen, porque usted robó... é hizo condenar á un inocente!.. Usted debería hallarse sepultado en un presidio, Barón de Taverny, si existiera justicia en la tierra... Pero tema usted, la del cielo!

TAV. (Fuera de si, yendo hacia ella) Calla, miserable loca!.. Será preciso que vuelvas á tragarte las palabras que has vertido... Crees que no soy capáz de aniquilarte?.. Qué no puedo dar cuenta de una mujer... (Cogiendo á Paulina por un brazo).

ESCENA XV

Dichos y RAIMUNDO

(Entra escuchando las últimas palabras. Corre hácia Taverny arrancándole de Paulina.)

RAIM. Y de un hombre, podría usted dar cuenta también?

PAUL. Ah! Raimundo, hijo mío! (Cobijándose en él).

RAIM. Nada temas, madre, que ya estoy aquí! Y ese cobarde que ataca á una débil mujer alardeando de bravura, tendrá que habérselas conmigo!

TAV. Ciertamente! Pero quién es usted, caballerito, para intervenir con arrogancia semejante?

RAIM. Soy el hijo de la que acaba usted de ultrajar... que al pedirle cuenta y razón de su indigna conducta, como hombre de honor, solo desea cruzar su acero con usted para darle una lección.

TAV. (Altanero y con desprecio). Habla usted como un niño!.. y más le valiera no intervenir en un asunto que solo tenemos que ventilar esta señora y yo.

PAUL. Dios mío! (Balbuciente)..

TAV. (Con sonrisa irónica) Ahora me veo en la precisión de decirle que ningún hombre tiene derecho á hablar del honor cuando se ha tenido como usted un padre condenado por robo!..

PAUL.
RAIM. } Miserable!..

TAV. Habiéndose librado con la fuga, de sufrir los veinte años de trabajos forzados á que le sentenció el Tribunal de Justicia... por ladrón!..

RAIM. (Lanzándose sobre el Barón, se detiene ante la actitud fría y burlesca de éste y mira á su madre como espantado). Mi padre un ladrón? Este hombre miente! Madre, dígalo usted que miente!

PAUL. (Retorciéndose las manos). Raimundo mío!..

TAV. Esta mujer no es su madre de usted.!

RAIM. Qué no es mi... ma... Por piedad, habla, madre, confunde á este hombre... defiendete, defiende á mi padre! defiéndeme!

PAUL. Oh... es horrible (Con desesperación baja la cabeza).

RAIM. (Feroz) Luego es verdad lo que dice?..

TAV. Ya lo vé usted! (Triunfante). Espero que la lección será provechosa... y que contendrá usted sus arrogancias en lo futuro, señor... Raimundo Megret. (A Paulina). Señora... á los piés de usted! (Vase, risa burlona y provocativa al mutis).

ESCENA XVI

PAULINA, RAIMUNDO

RAIM. De modo que cuanto este hombre ha dicho es cierto! Mi padre acusado de ladrón! Su nombre que es el mío, lleva el estigma de la infamia sobre sí..! Oh!..

PAUL. (Bajando la cabeza). Tu padre era inocente. Tenía yo que revelarte la realidad desgarradora porque se acercaba el momento de que fueras soldado, y no podías serlo más que bajo tu verdadero nombre. Pero cada día aplazaba mi confesión para el siguiente. Eras dichoso y me parecía un crimen turbar tu felicidad.

RAIM. Pero si mi padre era inocente, como afirmas, es... que ha sufrido el castigo que otro verdadero culpable merecía. No puede descubrirse á éste?

PAUL. Puede... ser...

RAIM. Le conoces?

PAUL. Sí!

RAIM. Su nombre... dime su nombre!..

PAUL. Ese hombre es el que acaba de salir! Es él Barón de Taverny.

RAIM. El!.. Si antes lo hubieras dicho... ¡habría pagado el infame los tormentos sufridos por mi padre... y después todas nuestras amarguras.

PAUL. No, Raimundo, así no debe expiar su culpa! Para que tu nombre recupere su honor, es indispensable que se demuestre ante todo, el crimen del Barón de Taverny... y que la Justicia caiga sobre él públicamente.

RAIM. (Desesperado) Ese día no llegará jamás!

PAUL. Quién sabe!

RAIM. No, no! Es imposible!.. Cuanto daño causa esto en quien como yo acariciaba una ilusión.

PAUL. Una ilusión?

RAIM. Sí, hay un secreto en mi vida que no sé decirte...

PAUL. Un secreto...

RAIM. He luchado mucho para arrancar de mi alma un amor... que se aleja de mi porque la que amo pertenece á la clase aristocrática!..

PAUL. Cuenta... Raimundo... dime...

RAIM. Pues, bien, la que tanto quiero es la hermana de mi amigo Cristián...: es la señorita Isabel de Revel.

PAUL. Isabel! (Sobrecogida).

RAIM. La conoces?

PAUL. No... no.

RAIM. Entonces porqué palideces? Tus labios tiemblan.

PAUL. Es que... sufro por tus penas... Cómo has de salvar la distancia que os separa?

RAIM. Para mi no hay más que una solución. Partir! Marcharme lejos de ella, tan lejos... que no pueda seguirme su recuerdo! Ya que me corresponde ser soldado... en Africa cumpliré el tiempo de mi servicio... Me alistaré allí donde van mis semejantes, los que tienen alguna tacha, un nombre que rehabilitar... En esa legión extraña donde el canalla se cubre de gloria... donde el bandido se convierte en héroe!..

PAUL. Sí, tienes razón, hijo mío, márchate! Es preciso que no vuelvas á ver á esa jóven... que no te encuentres frente á ella... A vuestra edad... afortunadamente se olvida pronto!..

RAIM. (Con resolución) Sí, sí!.. Olvidaré! Lo quiero! Es necesario! Mañana partiré... pero tú, me escribirás dándome noticias de mi Germana.

PAUL. (Enjugándose las lágrimas) Mírame como madre... Desde que mi hermano me encomendó tu cuidado te consideré como hijo!.. Piensa, Raimundo que no tengo otro!..

RAIM. (Cayendo en sus brazos, llorando) Madre, oh, madre mía! Si supieras cuán desdichado soy! (Oculta su rostro en los brazos de Paulina, mientras el telón cae).

TELÓN

CUADRO QUINTO

En los Campos Elíseos

Un rincón algo apartado de los *Campos Elíseos* entre la *Gran avenída* y la *avenida Gabriel*, á una parte el *alcázar* de *Verano* y la *avenida Marigni*, á la otra macizos de arbustos y plantas, árboles formando calles. Sillas á *derecha* é *izquierda*.

ESCENA PRIMERA

LEOCADIA, JULIA, Nodrizas. Dos criadas más, Niños, luego un Guardia de la PAZ.

JULIA — Es un escándalo! Nunca se ha visto eso!..

LEOC. — Hacer una ofensa semejante al señor Vizconde Torcuato Adhemar de Puente-Ruinoso.

JULIA — (Mostrando el niño que tiene de la mano). Insultar al señor Tancredo Isidoro de los Quejidos!

NODR. — Hay que quejarse!

CRIADAS Y NIÑOS — Si, si.

GUAR. — Qué pasa servidumbre?.. cualquiera diría que disputabais!

LEOC. — Es por la mujer esa que tiene el carri-coche de las cabras...

GUAR. — Ah! La sobrina de la señora Flotard... Bien y que ha hecho?

LEOC. — Una barbaridad! Después de haber pedido la delantera de su coche para el señor Viz-

conde Torcuáto Adhemar de Puente Ruínoso...

GUAR. Dónde está ese Puente Ruinoso?

LEOC. Aquí. (Enseñando el niño).

GUAR. Ah! Este... muñeco!..

CEOC. Instaló en él á dos perdioseros... los hijos de cualquier pobretona! Entonces... el señor Vizconde se quedó con un palmo de narices...

JULIA Cómo el señor Barón! y se quejan!..

GUAR. Diablo! Eso es grave!

LEOC. Aquí está.

ESCENA II

Dichos, ENRIQUETA

(Guiando uno de los cochecitos tirados por cabras en los Campos Elíseos. En el pescante dos mendigos, (un niño y una niña), en el interior un muchachuelo tiznado de hollín, con su traje remendado).

ENR. (Deteniendo las cabras) Ea, se acabó el paseo. Estáis contentos?

LA NIÑA (Bajando del coche) Si, señora! muy contenta! Gracias!

GUAR. Diga usted... sobrina de la señora Flotard.

ENR. Qué desea el Guardia de la Paz?

GUAR. Convendría que no aprovechase usted la ausencia de su tía para provocar escándalos. Aquí hay una jovencita que había pedido á usted la delantera para el Vizconde de Puente Arruinado!

LEOC. Ruinoso!

GUAR. De *Ruinoso* á *Arruinado* poco vá. Y la delantera se la cedió usted á otros!

ENR. Yo soy muy dueña de llevar en el carri-coche á quién me parezca!..

GUAR. Pero no... de... de.

ENR. De qué?..

GUAR. Cómo de *qué?* Después de todo tiene razón.

LEOC. Esos pobretones no pagan!

JULIA Si lo supiera la señora Flotard...

ENR. Tranquilícese usted .. hija! si la molesta esó. (Enseñando el delantal) Mire, aquí está el bolsillo de

ingresos... Tres asientos á *20 céntimos*... *¡sesenta!* los tomo de mi fondo, de aquí de la *derecha* (Juego) y los pongo en la *izquierda*... qué es la Caja... Ya vé usted! mi tía Flotard nada pierde.

GUAR. Entonces es usted millonaria?

ENR. Soy modista... y ahora sin trabajo... No me sobra el dinero pero... repare usted en estos ojos, Guardia. (Tomando en sus brazos al niño, tiznado de hollín) Estos ojazos donde jamás brilla la alegría... ni la satisfacción... ¡pobrecito! He querido que por un momento disfrutase del recreo de los niños ricos, de esta alegría á la que el señor Vizconde y el señor Barón están acostumbrados... por lo que no les llama la atención.

GUAR. Siendo por eso... está bien! muy bien!

JULIA Cómo?.. No la prende usted? ni la formarán causa criminal?

LEOC. Pero, no la lleva á la cárcel? ¡Valiente guardia de reta-guardia!

GUAR. (Furioso tomando á Leocadia por el brazo) Sabes que eres tú la que vás á ir á la cárcel!

LEOC. Yo?.. (El niño grita).

GUAR. Por desacato á la autoridad!

ENR. Perdónela usted..! Ni sabe lo que se dice!

GUAR. Vaya! Vaya!.. A pasear por ahí con los chiquillos... y no perturbeis el órden..!

LEOC. Anda, trota, trota... señorito Vizconde!

JULIA Vaya un gobierno francés!.. (Se van las criadas, niñeras y nodrizas).

GUAR. (Tocando en el hombro á Enríqueta) No vé usted?..

ENR. Qué?

GUAR. Que voy á verme en la precisión de denunciarla á usted...

ENR. Por qué?..

GUAR. Cómo porqué? Porqué está paciendo?

ENR. Paciendo ¿yo?..

GUAR. La cabra esa!.. (Señalando á la cabra que pace hierba tranquilamente en el macizo).

ENR. Ay, es verdad! Voy á llamarla al órden... señor Guardia! Ja, ja, ja! (Retirando la cabra del macizo).

GUAR. Le dá risa!.. Que contenta está usted.

ENR. Bastante gente hay en el mundo que está triste!..

GUAR. Ya lo creo!.. (Mirando hacia el fondo) Mire usted aquellas dos que vienen por allí, no traen cara de Pascua!..

ENR. (Fijándose) La señora Blandin y la señorita Germana!

GUAR. Las conoce usted?..

ENR. La mamá es mi antigua dueña... Le fueron mal los negocios del comercio... además cayó enferma... después vino la miseria... Y qué desgracia! Ah! Ya me han visto!

GUAR. Entonces... buenas tardes! Cuidadito con pacer! eh? (Váse por el lado opuesto al que entra Paulina y Germana).

ESCENA III

ENRIQUETA, PAULINA, GERMANA.

PAUL. (Que camina con dificultad, sostenida por Germana) Enriqueta, la buscábamos á usted... Ya le dije esta mañana que vendríamos por aquí.

ENR. Sí, para la diligencia que quería usted hacer... Pero supongo que no habrá venido á pié!

PAUL. Hace buena tarde... Cuando se está convaleciente de una enfermedad, conviene andar.

ENR. Sin embargo, piense usted en que ayer se levantó por primera vez.

PAUL. No hay más remedio! Es preciso que hoy dé el paso que tengo pensado.

ENR. Y está usted segura de que la persona á quién se vá á dirigir acudirá en su socorro?

PAUL. (Con intención y firmeza) No podrá negarme lo que le voy á pedir.

ENR. Vamos, menos mal. Y habita en este barrio?

PAUL. Un poco más arriba. En la avenida de los Campos Elíseos.

GERM. Te acompañaré. ¿Verdad?

PAUL. No, no, hija mía. Me esperan á mi sola; así lo anuncié.

ENR. Durante ese tiempo esperaremos juntas para que cuando vuelva mamá nos encuentre aquí.

PAUL. Eso es.

GERM. Luego tienes secretos para mi?

PAUL. Secretos... no!.. Mañana, ó antes tal vez, lo sabrás todo.

GERM. Por qué nó ahora mismo?

ENR. Eso que usted dice no está bien, señorita Germana. Ya puede imaginarse que lo que su mamá vá á buscar, para usted, no puede ser más que felicidad.

PAUL. Oh sí... su dicha, á toda costa! (A Germana) Hasta dentro de media hora, á lo sumo. (Váse por el fondo).

GERM. Crea usted, Enriqueta, que mi mamá no está como de costumbre. Antes de salir ha querido abrazarme... Y me retuvo en sus brazos oprimiéndome con todas sus fuerzas. Cómo si... cómo si se despidiera de mi para siempre!

ENR. Vaya unas ideas!.. Si vá á dos pasos de aquí. Vamos venga usted conmigo... Mi clientela menuda debe preguntar ¿qué habrá sido del carri-coche de las cabras?.. Esto es distraido... se divertirá usted viendo jugar á estos chiquillos, para una vez que puede tener un rato de expansión... (Vanse Germana y Enriqueta con el coche y las cabras).

ESCENA IV

El CONDE de REVEL, TAVERNY.

TAV. (Entrando por el centro) Entonces aquí nos separamos, ya que no viene usted á la *Venta de la Caridad*, es decir, á la fiesta filantrópica en la Embajada de Inglaterra.

CONDE No, no. Vaya usted solo á reunirse con Isabel y Cristián... Pronto será la hora de marcharme al Club á leer los periódicos... además me causa extraordinaria alegría, como viejo, este paseo á través del enjambre de niños que juegan y alborotan...

TAV. Todavia no me ha dicho usted si ha participado mis pretensiones á la señorita Isabel, y si cree que puedo esperar confiado la realización de los sueños que acaricio.

CONDE Puede ser... La respuesta de Isabel indica en efecto alguna esperanza. Dice que lo pensará, que quiere conocerle á usted más á fondo... Ya es algo!

TAV. Mucho agradezco la paternal intervención de usted... pero á pesar de ella, aun no creo en la posibilidad de una dicha para la cual me considero indigno.

CONDE Indigno? Por qué?

TAV. A causa de la desproporción de edades que existe entre su hija y yo. Tengo cuarenta y un años.

CONDE Está usted en el estío de la vida. No le deseo á Isabel un marido más joven, créelo usted.

TAV. Yo, francamente, solo en el mundo, me he consagrado á los placeres fáciles, á los placeres que cuestan, no ya la fortuna, que no es nada, sino lo más puro de la juventud y lo mejor del corazón.

CONDE Se arrepiente usted... pues está perdonado.

TAV. Es también de su misma opinión la señorita Isabel?

CONDE Ya se lo preguntará usted á ella en la *Casa Roja*, una de mis propiedades de Argelia, para donde saldré pasado mañana con Isabel solo á su lado, rodeados de la poesía que reina en aquella naturaleza admirable, acabará de obtener sobre su corazón una victoria ya casi ganada!

TAV. Según los proyectos de usted ese viaje no debía tener lugar hasta el Otoño.

CONDE En efecto. Pero he anticipado la fecha á consecuencia de una carta que he recibido esta mañana. Una carta de Paulina Megret.

TAV. Ah! Rompe el silencio que guardaba, al cabo de quince años... y con qué objeto?

CONDE Me pide una audiencia.

TAV. Alguna nueva perfidia sin duda? Contestó usted á su carta?

CONDE No, porque quiero evitar toda clase de rela-

ciones con esa mujer. Pero recelo que se trata de alguna tentatíva respecto de mis nietos, los cuales, afortunadamente creen que su madre murió. Tal vez intente algo sobre Cristián, cuya tristeza me preocupa desde hace muchos meses.

TAV. Tiene usted razón. En el paso que dá Paulina hay un peligro que usted puede esquivar con su ausencia oportuna.

CONDE Así lo espero. Hombre! aquí viene Cristián.

ESCENA V

Dichos, CRISTIAN

CRIST. (Un tanto contrariado al verlos) Ah! Es usted?.. abuelito!.. Señor Taverny! (Saludándole con un apretón de manos).

CONDE Has dejado sola á tu hermana?

CRIST. Si, señor... Hay tal muchedumbre al rededor de los mostradores, que después de desvalijado por aquellas pedigüeñas señoritas, dejé á Isabel con la Marquesa de Vieuville y su hija, para venir á fumar un cigarrillo bajo estos hermosos árboles. (Presentando su petaca al Barón). Usted gusta?..

CONDE Di más bien que te alejas de la fiesta rehuyéndola... como rehuyes todas las distracciones desde hace algún tiempo.

CRIST. (Molestado) Yo... abuelo... son aprensiones de usted. Aseguro...

CONDE No me engaño. Estás preocupado incesantemente, receloso, ¿qué tienes Cristián? No confiarás tu secreto al abuelito que tanto te quiere y que siempre trata de satisfacer todos tus deseos?

CRIST. Es verdad abuelo... Y sin embargo (Se detine).

CONDE Restriciones..?

CRIST. Sin embargo... hay uno ante el cual siempre frunce el ceño, apesar de ser mi más vehemente deseo.

CONDE No te comprendo. Explícate! (Movimiento de Cristian) Oh! puedes hablar delante del Barón..! Cuál és, ese deseo que dejé de satisfacerte?

CRIST. El de hablar conmigo del pasado.

CONDE Del pasado?

CRIST. De mi madre... ¡Cuántas veces inicié la conversación sobre ella!.. y usted siempre airado me contestó que había muerto siendo yó muy niño. Un día rogué á usted que me diera mas detalles y sufrí el rigor de su cólera, puesto que me replicó violentamente. ¿No lo recuerda usted? Es claro!.. ya no tuve valor para preguntarle más sobre este particular... pero he crecido con el convencimiento de que un misterio me rodea y mil síntomas lo justifican. Frecuentemente delante de Isabel y de mi, pronuncia usted el nombre de nuestro padre, pero jamás el de nuestra madre. En las habitaciones del hotel, por todas partes hay retratos de papá... en cambio no existe ni una fotografía de nuestra madre... En el cementerio, sobre la lápida del panteón solamente trazaron estas palabras: *"A la memoria de Juan de Revel"*. Porqué los restos de la que fué su compañera en la vida no descansa á su lado y en la misma tumba?.. Por qué?..

CONDE Porque tu madre murió lejos... en el extranjero.

CRIST. En qué país? Digamelo usted. Hasta hoy no pude arrodillarme más que ante la sepultura de mi padre... Mi madre... también tiene derecho á mis lágrimas, á mis oraciones. Dígame dónde está su tumba?..

CONDE (Vacilando). Lo ignoro.

CRIST. Lo ignora usted?.. Vamos, si yó le pidiera que me jurase por la memoria de mi padre que mi madre ha muerto, lo haría usted?..

CONDE No. Porqué esa súplica, envolvería una ofensa para mi.

CRIST. Es culpa mía el verme obligado á recurrir á semejantes medios? Ah! lo siento, todos los indicios me demuestran que estoy en lo cierto... (Paulina entra por el lado opuesto andando pausada-

mente, Fatigada cae sobre una silla que está á su alcance y que la disposición de los árboles y los macizos ocultan á la vista de los otros actores). La madre que como muerta lloro... vive! Estoy seguro. Es posible que haya pasado junto á ella sin conocerla...¡ Quién sabe si la miseria y el hambre la abaten... ¡Si alguna vez en la calle me tendió su mano febril ó helada, sin que mi corazón haya gritado... ¡es ella!...

TAV. Cristián... semejantes suposiciones son una locura!

CRIST. Por qué?.. Qué sabe usted?.. Vamos, abuelo, ahora puede decírmelo todo. Para que usted considere á mi madre como muerta, es preciso que exista una falta grave, muy grave, de que la acuse! yo tengo derecho á conocer esta falta!

CONDE Nada tengo que decirte.

CRIST. Sin embargo: es indispensable que yo sepa por qué razón, en nombre de qué derecho me privó usted de ella? Además ¡existe algún derecho que autorice para arrancar un hijo á la que le llevó en su seno!.. y le crió y veló por él?.. pues culpable, criminal, necesito su ternura. Un hijo no juzga á su madre... le abre sus brazos y queda redimida por los besos, por el inmenso cariño filial!..

PAUL. (Aparte). Hijo mío...

CONDE (Severo). Hay crimenes, no obstante, que los mismos hijos no podrían perdonar á su madre!..

CRIST. No diga usted tal cosa! La que presiento buena, noble, santa, no puede ser la miserable á quien acusa usted!.. Si así fuera... si yo tuviera pleno convencimiento en vista de seguras pruebas, no podría vivir... no! no! ¡moriría!

PAUL. (Dios mío) (Aparte).

CONDE Hijo... desvarías! Cálmate!.. Disentimientos muy graves, irreparables, dividieron hace años á nuestra familia, hasta que Dios se nos llevó á tu padre... Tu madre entonces partió para siempre... Su muerte no está demostrada, pero es muy probable.

CRIST. (Siempre nervioso). Ah! Quiero creerle á usted...si, quiero creerle.

CONDE Bién! (Tomándole la mano). Por de pronto... anda! Vé con nuestro amigo á reunirte con tu hermana y cuenta con mi cariño, hijo... Es lo bastante profundo para que con él, trates de reemplazar los que crees que te faltan! Hasta luego!..

CRIST. Adios!... (Sale con Taverny)

ESCENA VI

CONDE, PAULINA

PAUL. (Aproximándose al Conde). Muchas gracias, señor...

CONDE Estaba usted aquí!..

PAUL. Muchas gracias por haber evitado á mi hijo la horrible pena que una sola palabra de usted podía haberle causado...

CONDE Cristian es el último de mi raza... señora! Y quiero que viva! Pero, dejemos este asunto. Usted me ha escrito; deseaba usted tener una entrevista conmigo, que yó me hallaba decidido á no aceptar. Pero la casualidad favoreció á usted. ¿Qué es lo que desea?

PAUL. No pido á usted que volvamos sobre lo pasado. Al arrancarme violentamente mis dos hijos maldije tal crueldad... pero he llegado á tan extraordinarios rigores de la vida, que... ciertos dias hasta he sentido satisfacción porque al menos su proceder ha colocado al abrigo de la miseria los dos séres queridos que yo no hubiera sabido escudar contra tamañas necesitades.

CONDE Sin embargo, usted se jactaba de que con su trabajo proveería para todo!..

PAUL. Usted cree que basta el valor y la voluntad para vencer las adversidades de la existencia? Ah! yo he tenido, tengo todavía más ánimos que ninguna otra mujer!.. Hace tiempo, á fuerza de energía crei salvar todos los obtáculos... Pero hoy después de tanta

resistencia... la fatiga me rinde y sucumbo!.. Por eso he venido á ver á usted.

CONDE Y qué quiere de mí?

PAUL. Señor... arrebatándome mis hijos creyó usted preverlo todo. Se equivocaba... Seis meses despues de quitarme á Isabel y Cristián, nacia Germana.

CONDE Germana?

PAUL. La segunda hija de mi malogrado Juan, que el cielo me enviaba para mi consuelo y al par como protesta de Juan de Revel, contra la crueldad con que nos trataba su padre!.. Sí, señor conde de Revel!.. Si yo no he muerto como tal vez usted lo esperaba, se lo debo á esa hija que me pareció ver surgir de la tumba de mi Juan... á esa criatura cuyos bracitos y tiernas caricias han arrancado á mis labios una sonrisa, una esperanza á mi corazón moribundo que apenas palpitaba!..

CONDE De modo que tiene usted otra hija?

PAUL. Ah! cuántas veces al verle á usted pasar á mi lado, en medio del boato de su tren opulento, con mis dos hijos, que ni siquiera soñaban con la mirada anhelante de su madre, he secado mis lágrimas ardientes contra las frescas mejillas de su hermana? Cuántos besos imprimí en aquellos capullos de rosa dirigidos á los que se alejaban entre el estrépito del carruaje,.. que apresuraba mas su marcha cuando cruzaba frente á nosotros... Y pensar que hoy... (Se detiene para sofocar el llanto).

CONDE Hoy... Qué?

PAUL. Hoy me veo obligada á acudir á usted para decirle "Se agotaron mis fuerzas!.. No puedo luchar más! La prenda que le oculté durante quince años... no puedo conservarla... Yá... no tengo ni pan para ella... ni hogar donde cobijarla... y yo se la entrego á usted!.."

CONDE A mí?..

PAUL. No me quitó usted los mayores?.. Esta hija tambien tiene los mismos derechos que aquellos á su cariño, á su bien estar. Una madre

no renuncia sin resistencia á la que fué durante largo tiempo su única alegría... (Enjugándose las lágrimas). Pero no hay remedio! Germana debe reunirse aquí conmigo. Aguárdela usted!.. Ampárela... Y cuando le pregunte, á todas horas, como Cristian, ¿qué és de su madre?.. puede usted afirmar esta vez sin mentir... que ha muerto! El Sena es una tumba siempre abierta para las víctimas de la desesperación... Oh!.. si! La muerte es más hospitalaria que la vida!..

CONDE No, señora!.. Yo no admitiré á Germana!..

PAUL. ¿Porqué?

CONDE Muy sencillo! Por que no creo que sea hija de Juan de Revel!..

PAUL. Que no lo cree..?

CONDE Vencida por el destino ha imaginado esa fábula para salvar á su hija. Pero no caeré en la red grotesca... Dinero... sea! pero nada más! Esa bastarda no se educará junto á sus hijos legítimos.

PAUL. Ah! Ve usted á una madre que se separa de su hija y no la cree usted? Está bien... Cúmplase su voluntad... Rechazo la despreciable limosna y ya que no admite usted á la que intentaba yo salvar, quede Germana conmigo... No importa!.. A donde yo vaya me seguirá.

CONDE No llegará usted al extremo que parece prometer. Y dentro de los límites que he fijado, puede acudir siempre á mí!.. (Saluda y vase).

ESCENA VII

PAULINA, después CRISTIÁN é ISABEL.

PAUL. (Avanzando, vacilante al andar hacia el lado por donde salió el Conde) Oh!.. no! No tengo derecho para mostrarme orgullosa... Se trata de mi hija (Dando un paso). Tiene hambre y no podrá sufrir como yo!.. Acepto ese dinero... esa limosna... ¡No puedo más!.. Me fata el aire... Ay de mi! Germana! Germana! (Cae desmayada sobre una silla, resbala cayendo á tierra).

GERM. (Entrando) Mamá... mamá! Desmayada!.. (Llamando á una criada que pasa) Señora... quiere usted ayudarme? (Cristián é Isabel entran por el foro mientras que Germana y la Criada levantan á Paulina).

CRIST. Con este tropel de coches, es imposible dar con el nuestro. Voy yo mismo á buscarlo.

ISAB. Ve ligero, aquí me encontrarás. (Vase Cristián, Isabel avanza y vé á Paulina desmayada). Ah!.. Pero qué le pasa á esa pobre mujer? (Aproximándose á Paulina) Hay que socorrerla. (Llamando á un *agente* que viene por la derecha) A ver!.. Tenga la bondad de venir... Pronto!.. Esta mujer necesita auxilios.

AGENTE A ver..! (Se acerca á Paulina).

ESCENA VIII

Dichos, GERMANA, AGENTE, luego CRISTIÁN

AGENTE La infeliz se muere de hambre!

ISAB. Es posible?

AGENTE Conozco estos casos... por experiencia, en el barrio de los ricos abundan.

GERM. (A la criada que la ayuda) Agua de la fuente... por Dios!

ISAB. (Reconociendo á Germana) Esta cara... No me engaño. Es usted la modista de la calle de Lafayette. La señorita Blandin...

GERM. Y usted, la señorita de Revel... (Paulina vuelve en sí. Con el ademán dá las gracias á los que la han socorrido).

ISAB. No continúa usted allí?

GERM. La desgracia nos hizo cerrar la tienda. Mamá cayó enferma gravemente. Para cuidarla sin tregua ni descanso tuve que renunciar al trabajo.

ISAB. Y ahora.

GERM. Carecemos de todo!.. Madre mía!

ISAB. (Llevándose aparte á Germana) Señorita... salgo de la *Venta de la Caridad*. Aquí tengo parte de mi *recolecta*... Tome usted estos quinientos francos.

GERM. Quinientos francos!.. Es demasiado; señorita.

ISAB. (Insistiendo) Tómelos usted. Lo exijo, son para ella. Más adelante, cuando haya usted en-

contrado trabajo, me los devolverá... si usted puede...

PAUL. Acepta, hija mía!

GERM. Madre...

PAUL. Se lo agradezco con toda el alma, señorita.

CRIST. (Que vuelve) Isabel, ahí está el coche... pero qué veo? Es la señorita Blandin.

ISAA. Sí... y su madre, que convaleciente, después de una larga enfermedad, ha sufrido un desvanecimiento.

CRIST. Señora... me permite usted presentarme... Soy Cristián de Revel.

PAUL. *Mi hijo*... Mi hijo Raimundo me habló con frecuencia de usted...

CRIST. Raimundo al abandonar París y salir de Francia, me escribió confiando á mi amistad la delicada misión de velar por usted. Algunos días después, fuí á la calle de Lafayette y me enteraron de su brusca desaparición. En vano traté de buscarla... Ya desesperaba de poder cumplir la promesa hecha á mi amigo. Espero me diga usted donde podré verla.

PUAL. (Aparte) Volverle á ver!.. Oh... no, no! me descubriría!

CRIST. De modo que... usted habita...

PAUL. Gracias, señor... de Revel... He decidido... que vayamos á vivir... al lado de Raimundo. Y merced á la generosidad de la señorita Isabel... podremos realizar el viaje.

GERM. Ah! (Sorprendida).

ISAB. Tiene usted razón. Aquí no tiene usted ningún lazo... ni familia que la retenga.

PAUL. (Temblorosa) No, señorita. No tengo más que mi hija en el mundo!.. (Con las manos entre las de Germana).

CRIST. Y su hijo?

PAUL. (Sonrisa amarga) Y mi hijo, naturalmente... Mi hijo Raimundo. Adios, pues, señor... Adios... señorita...; Dios se lo pague!

GERM. Jamás olvidaré lo que ha hecho usted por mi! (A Isabel).

CRIST. Adios, señora!.. (Saluda á Paulina con una inclinación de cabeza) Por aqui, Isabel... (Se alejan lentamente. Cris-

tián indeciso un momento, mira para orientarse en el fondo, buscando con la mirada el coche).

GERM. Qué tienes, madre?.. Tiemblas viendo alejarse á esos dos jóvenes... Les miras con los ojos rebosantes de lágrimas... Después de todo... aunque caritativos y buenos... son dos extraños para nosotros!

PAUL. Sí, hija mía, sí! Son dos extraños! ¡Oh! esta mordaza. Esta mordaza me sofoca!.. (Se alejan por el lado opuesto. Cristián aun se vuelve y las saluda de lejos).

TELON

CUADRO SEXTO

A bordo del paquebot "Villa del Blídah"

Una parte del puente de uno de los *paquebots* que hacen la travesía entre Túnez y Marsella con la escala en Philippe-ville. A la *derecha* rotonda con tres puertas: en primer lugar el camarote del *Comandante*, en el centro, la que dá á la escalera del salón de primera clase y retirada, casí invísible. la de otro camarote. Arriba y sobre los bastidores: á la derecha, la chimenea y las mangas de viento, la barandilla del puente pintada sobre el lienzo del *rompimiento.* Al fondo á lo largo de la embarcación, el empalletado. Cerca del centro está la abertura *cerrada*, practicable; algo á la izquierda. una de las lanchas suspendidas de sus perchas, á la *izquierda* primer termino, entrada de la *cámara de fumar,* y detrás de ella, la escalera que conduce á la parte alta practicable y desde la cual se divisa el horizonte. Al centro de la escena, el techo con vidriera y abovedado del salón de primera, y á cuyos lados hay dos bancos con almohadones de cuero, á la izquierda de este techo el mástil en el cual á media altura se apoyan los palos de carga. En el de la derecha hay pendiente un reflectór. En la prolongación del mastil de cargas se extíende á todo lo largo de la escena, á cinco ó seis metros de elsuelo, una vela ó tienda que llega hasta las serviolas del bote á las que está amarrado el hilo de hierro que la sostiene se escaja en un montante fijo de la borda de la derecha; salva-vidas encima de las puertas. Dos lámparas clectricas á lo lados de cada escala de descenso. Un panorama se desenvuelve de *derecha* á *izquierda* representando al leventarse el telón la cíudad de *Philippe-vible*, extendiéndose en anfiteatro bajo los rayos del sol poniente. Un telón de mar horizontal vá desde el *paquebot,* al panorama, puesto ligeramente en movimiento por medio de fermas movibles.

ESCENA PRIMERA

UN VIAJANTE de comercio, el MAYORDOMO de á bordo, UN INGLES, UNA INGLESA, ALI-BEN-MOURZOUK, PASAJEROS, PASAJERAS.

INGLES (Mirando con el catalejo). Y como llama usted á esa gran aldea?

VIAJ. (Con desparpajo). *Philippe-ville, milord;* pueblo principal de un distrito de la provincia de Constantina. Veintidos mil habitantes. Importantísimos viñedos, frutas tempranas, des-

tilatorios, tenerías, fábrica de tapones de corcho... tomada por el ejército francés en 1838.

INGLES (Sorprendido de tanta ciencia). Ah! oh!.. Es usted *cicerone* cuando tanto sabe?..

VIAJ. No, milord. Soy viajante en máquinas de coser. Pero como hace diez años que... turbineo por Túnez y Argelía, conozco las *faramallas*.

INGLES (Buscando en su diccionario). Turbineo?..

INGLESA Faramallas?

VIAJ. (Al mayordomo). Busca, busca en el diccionario! Si encuentra la palabra... (Mostrando á Mourzouk que lleva tez en la cabeza). Este canalla de Ali-ben-Móurzouk, le pagará los dátiles!

MOUR. (Al inglés) Excelenza... quiere usted tener la extremada cortesía de prestarme un instante el catalejo?

INGLES Yes! (Le dá el anteojo y continúa leyendo el diccionario).

MOUR. Gracias, gracias Excelenza!

VIAJ. (Al mayordomo) Conque dice usted que este avaro de Ben Mourzouk...

MAYOR. Se ha guardado su cubierto de plata en el bolsillo al levantarse de la mesa. En cada travesía que hacemos con él nos faltan dos!..

VIAJ. Medio económico para poder abrir con el tiempo una platería! En fin, ayúdeme usted un poco. Conozco una antigua artimaña con la cual obligaremos á éste corsario á desembuchar!.. (Mourzouk sin ser visto por el Inglés, golpea el catalejo contra el mástil y luego se lo devuelve diciendo):

MOUR. Gracias *Excelenza*, es bastante mediano... Yo si usted quiere le puedo vender un buen anteojo! (Saca uno de su bolsillo y se lo entrega).

INGLES Ah! Cuanto vale? (Habla en voz baja).

MAYOR. Veamos, señor viajante; no inventa usted algo para distraer á nuestros amables pasageros... y hacerles más llevadera la monotonía de la navegación?

INGLES Yes!.. Yes!..

VIAJ. Si ustedes quieren, puedo hacer algo de prestidigitación.

INGLES *Very well!..*

PASAJEROS. . { Sí, sí!
Es buena idea!
Siempre amable el viajante.
Sentémonos allá!

(Los pasajeros se sientan rodeando al viajante. El viajante á la Inglesa, á quien el Camarero (con trage blanco) ha traído un *refrígerio* en un plato con un cubierto).

VIAJ. Señora... sería usted tan amable que me prestase por un momento este cubierto? Tranquilícese usted. Se lo devolveré.

INGLESA Yes!

VIAJ. Señoras... y Señores... Ya ven ustedes todos este cubierto. (Lo enseña al círculo) No hay nada preparado!

INGLES Yes!

MOUR. Sí! sí! Lo vemos.

VIAJ. Lo introduzco aquí, en el bolsillo interior de mi chaquetón (Juego escénico) que ahora cuidadosamente abrocho. Doy tres palmadas... una!.. dos!.. tres!.. Y ordeno al cubierto que pase al bolsillo de uno de ustedes!..

INGLES Espléndido!

INGLESA Yes!

VIAJ. Ea!.. Al bolsillo del señor Ben-Mourzouk, por ejemplo!

MOUR. Al mío, no!.. Porqué?.. no, no!.

VIAJ. (Que dió las tres palmadas) Ya es tarde, caballero, el cubierto está en camino... (Se palpa á si mismo) El cubierto llegó!

INGLES Ah! oh! Quisiera verlo. (Levantándose).

MOUR. No... no..! (Resistiéndose).

INGLES (Palpando el bolsillo de Mourzouk) Yes! yes! Aquí está (Sacándole el cubierto).

MAYOR Es milagroso!..

MOUR. (Aparte) Me descubrió. (Alto) Pero también yo hago este juego, como el señor.

VIAJ. No lo creo!

MOUR. (Mostrando su cubierto después de tomarlo al Inglés) Señoras... Señores... Ven ustedes el cubierto?.. Me lo guardo en el bolsillo... ¿eh? doy tres palmaditas... una! dos! tres!... Zás! pase al chaquëtón del señor Viajante!.. Y pasó! Mirad!.. (Saca del bolsillo del viajante el cubierto enseñándolo).

INGLES Es verdad!.. Admirable!

TODOS Bravo!..

MOUR. (Así... tengo dos!..) (Guardándose el cubierto que tenia el Viajante).

VIAJ. (Al Mayordomo) Sabe más que yo! (El Inglés desaparece con la Inglesa y solo quedan algunos pasajeros sobre el puente).

ESCENA II

ISABEL, El CONDE de REVEL y TAVERNY

ISAB. *Philippeville* desaparece en el horizonte... y la costa se confunde ya con la bruma!

TAV. Hermoso cuadro!.. Siempre guardaré grato recuerdo de esa tierra africana y de las tranquilas horas que acabo de pasar en ella.

ISAB. El deber de la hospitalidad me imponía hacer á usted los honores de nuestra casa y los de un país que podemos llamar nuestro.

CONDE Ah! Y sobre todo ahora, hija mía, que va á ser preciso demostrar tu talento. Hasta hoy no tenías más que cuidarte de tí misma. En adelante tu vida será otra cosa, tu nombre unido al del señor Barón, dentro de poco adquirirá más importancia en la sociedad.

ISAB. Sí, ya me lo ha indicado mi prometido... Y diga, abuelito, no ha tenido usted noticias de Cristián antes de zarpar de Philippeville?

CONDE Un telegrama en el momento de embarcar. Salió bien de su exámen de derecho, y á nuestra llegada se hallará mañana en la estación de París aguardándonos.

ISAB. Es lástima que no haya podido hacer con nosotros esta deliciosa travesía. Con su carácter soñador y contemplativo, hubiera disfrutado de sus encantos.

TAV. Que su ausencia no nos impida saborearlos á nosotros.

ISAB. El viento refresca un poco. Quiere usted hacer el obsequio de ir á mi camarote y pedirle á mi doncella mi manteleta?.

TAV. Con muchísimo gusto!.. (Vasé fondo derecha).

ESCENA III

CONDE, ISABEL, luego el COMANDANTE del paquebot.

CONDE Será aprensión, Isabel?.. No te encuentro tan contenta como yo lo hubiera deseado, ante esta unión con el primogénito de mi antiguo amigo, el señor de Taverny.

ISAB. Si este matrimonio es para usted causa de felicidad... también debe serlo para mí.

CONDE Es que para tí, hija mía, yo quisiera ante todo, un nombre digno y esclarecido... ya que gracias al Cielo, tenemos fortuna. Los Taverny son de una familia tan antigua como la nuestra.

ISAB. Un Taverny, salvó la vida de un Revel, en Azincourt... según me ha contado el Barón... citando un mérito más para poseérme.

COM. (Entrando y saludando al abuelo y á la nieta) Y bien, señor... está usted satisfecho del viaje á bordo de la «Villa de Blidah»?

CONDE Encantado... Capitán!.. Además ya estoy acostumbrado á sus agasajos y atenciones de otras veces! Siempre ha sido usted muy amable conmigo.

COM, La señorita de Revel querrá hacerme el honor de sentarse á mi derecha, desde luego, en la mesa?

ISAB. Sí, Capitán. Es decir, con tal de que el tiempo continue sonriéndonos... y el mar en calma...

COM. Tranquilícese usted, señorita. Hasta las islas Baleares le prometo que navegaremos como en una balsa de aceite! (Fijándosé en Raimundo que entra luciendo el traje de sargento de la legión extranjera y que saluda militarmente) Me permiten ustedes que diga dos palabras á este militar...

CONDE Es muy dueño, Capitán... (Sube hacia el fondo con Isabel).

ESCENA IV

Dichos, RAIMUNDO.

RAIM. Perdone usted que le interrumpa, Capitán, pero como he subido á bordo en Philippeville... me colocó el mayordomo en una litera de primera clase, diciéndome que obedecía las órdenes dadas por usted.

COM. En efecto! (Sonriente).

RAIM. Ignora usted sin duda, que tengo pasage de segunda?

COM. No, señor... no lo ignoro. Pero he visto en la nueva lista de pasajeros el nombre y apellidos de usted... conozco su admirable comportamiento en el reciente combate de El Baira. Sé también que fué usted herido gloriosamente... Y quiero, durante su corta permanencia á bordo de mi barco, ofrecerle las modestas comodidades de que dispongo... Me ofendería usted rehusando mi ofrecimiento!

RAIM. Su deferencia, Capitán, es tan noble y cortés que yo sería un ingrato sólo con que cruzara por mi la idea de rehusarla.

COM. Yo he sido soldado y conozco lo que es el valor, sargento Blandin; tendría gran placer estrechando esa mano!

RAIM. Y yo, grande honor, capitán. (Estréchanse las manos). (Raimundo saluda militarmente y se aleja. En el momento de salir, Isabel que contemplaba el mar, se vuelve).

COM. (Yendo hacia el Conde é Isabel). Sabe usted quién es ese joven?

CONDE Yo? nó.

COM. Es un valiente de los que necesitaríamos muchos como él! Es el héroe de El Baira, el sargento Raimundo Blandín.

ISAB. (Aparte) El!

CONDE He leído, en efecto, en los diarios, el relato de su heróica conducta.

COM. El ha sido quien ha capturado por su propia mano, al famoso rebelde Amalik nuestro an-

tiguo é indomable enemigo. Un soldado testigo del combate me contó la loca temeridad con que el sargento arriesgó su vida arrancando gritos de admiración á todo el Regimiento. Cualquiera diría que se trataba de un suicidio!.. (Taverny entró momentos antes oyendo las últimas palabras).

ISABEL No decía el periódico que había sido herido?

COM. Si, señorita... herido de bala en un costado. Por eso le han concedido licencia... para convalecer...

TAV. Aqui está el chal... señorita. (Lo coloca sobre los hombros de Isabel).

ISABEL Gracias.! Capitán, quiere usted acompañarme al puente... de su exclusivo dominio? aunque sé que está prohibido...

COM. Con mucho gusto, señorita. Si su abuelito lo permite.

CONDE No tendrás frío? caprichosilla!..

ISABEL No, no. Me gusta el aire libre... me despeja la cabeza. (Se aleja con el Comandante, vanse por la derecha).

ESCENA V

TAVERNY el COMANDANTE, PASAJEROS

TAV. Sabe usted quien es el sargento Blandin, de quien este excelente Capitan ha hecho tan entusiasta elogio?

CONDE Cómo quiere usted que yo sepa..? (Sorprendido).

TAV. Su verdadero nombre es Raimundo Megret!

CONDE (Recordando). El hijo de Enrique Megret, el ladrón?

TAV. El propio sobrino de su nuera de usted... que le educó!

CONDE Está usted seguro de lo que dice?

TAV. Vaya! Hace diez y ocho meses me lo encontré frente á frente; de modo que no me cabe duda de que es el mismo.

CONDE Pobre muchacho! Toda la gloria conquistada por su audacia y valor, no será suficiente para borrar el estigma de su nombre!

TAV. Si... es una desgracia! (Entran á la izquierda en el salón de fumar).

ESCENA VI

ISABEL luego RAIMUNDO

ISABEL (*Entrando por la primera primer termino. Trae un manojito de claveles que llevaba pendido antes en el pecho, y con los cuales ahora juega nerviosamente. Repite la palabras del Comandante*). «La temeridad con que arriesgaba su vida arrancaba gritos de admiración en todo el regimiento, diríase que trataba de suicidarse!» (*Deja caer distraidamente sus flores casi en el centro del escenario, y vá á sentarse en un banco*). Porqué buscaba la muerte? Cristián me dijo que Raimundo abandonaba la Fra cia impulsado por una acerba pena. ¿Porqué el azar nos coloca frente á frente en este instante de mi vida. (*Raimundo entra un momento después: vió de lejos á Isabel, como dejaba caer los claveles. Se acercó con precaución y los recogió, Luego mirando detenidamente á la joven, se lleva las flores á los labios. Isabel se vuelve en este instante preciso, comprendiendo su intención. Después de una ligera vacilación, va directamente á él y con altivez dice:*) Esas flores las he arrojado yó... Quiero saber con qué derecho se permite usted recogerlas?

RAIM. (*Después de breve pausa de duda que domina*). Señorita... adoro las flores, y creo, se va usted á reir si le digo que viven como nosotros, y cómo nosotros respiran, que hasta tienen alma... He creido que alguien podría aplastarlas con el pié... sufriendo así un verdadero suplicio... Perdone usted si he querido evitarles la muerte. Es la única explicación que puedo dar á usted por ahora...

ISABEL (*Confusa*) Existe pués otra razón?

RAIM. No lo he dicho, señorita.

ISABEL Me reconoció usted ¿Verdad?

RAIM. No se mentir.

ISABEL Yo también reconocí á usted... y sin embargo no nos hemos visto más que dos veces.

RAIM. Si (*Pausa*).

ISABEL Mi hermano Cristián me habló de usted con frecuencia... Le causó mucha pena su ausencia. Y... yo... supe por él la causa de su partida de Francia.

RAIM. (Vivamente) No es posible... por que no la conocía.

ISABEL Tal vez la haya adivinado!

RAIM. Le dijo á usted que una joven se cruzó en mi camino... una joven á quién adoré desde el punto en que la ví... luego... que yó... me consideré indigno de ella y que había partido para nò volverla á ver.

ISABEL Precisamente!

RAIM. Ah! Por qué... por qué... (Deteniéndose). Si ello no podía interesarle á usted.

ISABEL Y consiguió usted olvidar á aquella joven?

RAIM. (Gravemente). No... Cuando uno se siente abrumado por semejante dolor se cree fácil la curación... se parte lejos... á un destierro!.. Pero luego, allá... apercíbese de que todavía se sufre. En la soledad, donde se oculta la herida en vez de cicatrizarse se abre más... Entonces se desea la muerte... se la busca... considerándola como el supremo consuelo! Pero la muerte huye desdeñosa... y con la vida se prolonga el martirio! (Pronuncia estas últimas palabras casi en voz baja).

ISABEL Devuélvame usted esas flores!..

RAIM. Yo ruego que las deje en mi poder!

ISABEL Llegó usted á suponer quizá...

RAIM. Lo que es señorita, lo que usted solo sabe... lo que usted solo sabrá, por que el secreto quedará sepultado en el fondo de mi corazón... y nunca, jamás, se lo juro, mis labios han de hacerme traición!

ISABEL No, no, quiero esas flores!

RAIM. Por piedad, déjemelas usted!.. jamás oirá usted hablar á quién se propone no importunarla más. Usted para mi lo fué todo... hasta que la muerte se decida á cercenar mi existencia desventurada!..

ISABEL La muerte... no, no! No se la deseo!.. Y si esas flores pueden ser la causa de que usted viva... ¡sea! guárdelas usted!..

RAIM. Oh! gracias!..

ESCENA VII

Dichos, el CONDE y TAVERNY

CONDE (Con voz imperiosa). ¿Con quién estás hablando, hija mía?

ISABEL Abuelito el señor es un compañero de colegio... un amigo íntimo de Cristián, es Raimundo Blandin... Me lo presentó una noche en nuestro palco de la ópera, mi hermano. Acabo de encontrarle y le felicitaba...

TAV. (Interrumpiendo). Raimundo Blandin, dice usted?. Es curioso... No es ese el nombre bajo el cual tuve la desgracia de conocerle.

ISABEL Cómo?

RAIM. Señor...

TAV. (Mirándole con el monocle). Si, si! No me engaño ¿Verdad que nó, señor Raimundo... Megret?

ISABEL Raimundo Megret?

TAV. (Sarcástico). Le sorprende á usted? Es que para ciertas gentes, querida Isabel, el nombre, es como la camisa... cuando se ensucia... se la mudan. El nombre que usa el señor, no es el más propio...

ISABEL Qué dice? (A Raimundo). Pero, hable usted... hable usted (Escudriñándole con la mirada).

TAV. No insista, porque no sería caritativo! Raimundo Megret al insinuarse en nuestra sociedad, debe confesar ante todo que es indigno de tratarse con nosotros.

ISABEL Indigno, por qué?

TAV. Porque aún no ha entrado en nuestras costumbres, por sencillas que sean, el que alternemos con el hijo de un ladrón, de un presidiario!

ISABEL Él!

CONDE Enrique Megret, el padre de este hombre, fué condenado por robo á veinte años de trabajos forzados!

ISABEL Eso és cierto?

RAIM. Mi padre era inocente... Fué un martirio que sufrió en vida por el crimen que otro come-

tió... Y usted lo sabe mejor que nadie, señor Barón de Taverny!

TAV. Yo? Y cómo he de estar bien informado? Tiene usted una prueba... una presunción siquiera de lo que afirma? Muéstrela usted á la justicia, y me congratularé sinceramente de un descubrimiento que, demostrando la inocencia de su padre, le devolvería á usted el honor que hoy no posee! Hasta entonces hallará usted justificada mi intimación y orden de no continuar dirigiendo la palabra á mi prometida!

RAIM. Su prometida?

ISABEL (Mirándole con desprecio). Deme usted su brazo, Barón... y permita que le dé las gracias por haber defendido á la que muy pronto será su esposa. (Sale con el Conde y Taverny).

ESCENA VIII

RAIMUNDO solo, luego los Pasajeros, el MAYORDOMO de á bordo, despues el COMANDANTE.

RAIM. Abofeteado.. ante ella... por ese miserable! Y verme obligado á humillar lá frente... Que verguenza! No tengo medio alguno para desenmascarar á este hombre! No importa! Mia es la culpa, por querer morir! No tengo ningun derecho! Debo luchar sin tregua hasta reconquistar ese honor que también quiere robarme (Arranca de su pecho las flores y arrojándolas al mar una por una). Y vosotras, pobres flores, que tan queridas erais para mi hace un instante, caed al fondo del mar, anegaos en la amargura como mi alma y mis marchitas ilusiones!.. (Una campana suena en el salón de abajo. Se ven pasar poco á poco, esperando y llamándose unos á otros, los pasajeros, entre los cuales, estan los Ingleses, el Viajante y Mourzouk).

MAYOR. Señoras... Señores... llaman á cenar... á la mesa!!. (Dos marineros pasan corriendo en sentido inverso, en tanto que los pasajeros van paulatinamente al comedor, El *Comandante* entra yendo directamente al sargento Blandin á media voz:).

COM. (Breve y natural). Sargento Blandin, dos palabras!

RAIM. A sus órdenes, Capitan.

COM. Ante todo, prométame que cualquier emoción que usted experimente por lo que voy á decirle, ni una contracción de su fisonomía la delatará...

RAIM. (Algo sorprendido: despues de un segundo de reflesión). Lo prometo!

COM. Bien! No necesito más que un hombre como usted. Ahora, al asunto: Hay fuego á bordo!.

RAIM. (Reprimiéndose). Desde cuándo?

COM. No lo sé, se ha declarado en los pañoles. Nuestros hombres trabajan febrilmente para localizarlo y espero que lo consigan.

RAIM Voy á reunirme con ellos.

COM. No: me será usted más útil aquí.

RAIM Cómo? diga usted!..

COM. Los pasajeros acaban de bajar á la mesa, y ninguno de ellos se ha apercibido de la catástrofe. Si á pesar de nuestros esfuerzos se dieran cuenta...

RAIM Sabrán afrontar el peligro.

COM. Si todos fueron como usted es posible. Pero iniciado el pánico, los cobardes enloquecen y se convierten en furias... pisotean á las mujeres y aplastan á los niños para salvarse! Contra estos necesito de usted.

RAIM. Cuente conmigo!

COM. Está bién. Ahora... baje usted á la mesa donde nos veremos dentro de un instante. Y sobre todo, sea usted dueño de si mismo.

RAIM. Descuide usted! (Un momento despues de separarse óyese en el interior un rumor prolongado... servilleta al cuello, se vé arrojarse sobre el puente por la escalera, los pasajeros llamándose, temblando, exasperados por el temor. Una oolumna de humo sale por las mangas de viento de la derecha).

ESCENA IX

Dichos, INGLES, INGLESA, EL VIAJANTE, EL COMANDANTE, MOZUROUK, PASAJEROS, PASAJERAS y NIÑOS

MOUR. Fuego á bordo! sálvese el que pueda!..

INGLES Somos perdidos!..

TODOS { Socorro! ¡fuego!
A mi!
Salvadnos!
Sálvese el que pueda!

VIAJ. Calma! El Capitan cumplirá con su deber! (Una avalancha de gente grita corriendo de un lado á otro; cuadro bien dispuesto).

MAYOR. Serenidad!.. Sangre fría!..

RAIM. Y obeceded al capitan!

VIAJ. Calma, cobardes! (*El Comandante* silba estridentemente con el pito de á bordo, *seis marineros* entran provistos de hachas de abordaje; conteniendo á todos).

COM. (Con voz imperiosa y el revólver en la mano derecha). Al que se desmande, le levanto la tapa de los sesos! Yo soy el dueño en mi barco, despues de Dios!!. Doce personas por de pronto para esta embarcación! Las mujeres y los niños, en primer lugar!.. El resto, á las otras chalupas! Ya están en ellas los oficiales! (Rumores y voces. Una parte de la gente se precipita á la derecha, otra parte á la izqniesda! La humareda aumenta). Está embarcación, al mar! Abrid la compuerta!.. (Dos marineros proceden á la maniobra de botar al agua la chalupa, otros dos abren la compuerta de estribor. Los otros dos, contienen á los pasajeros).

TAV. (Entrando precipitadamente). Y el señor Revel... y su hija? ¿Dónde están?

VIAJ. No habian bajado aún á la mesa!

COM. Tal vez en su camarote!

TAV. Voy... (Va precipitadamente por la derecha).

MAYOR. No! (Queriendo detenerle). Cuando yo iba al comedor, he visto á la señorita Isabel en el salón de lectura!

COM. Desdichada!.. Casi al foco del incendio! (El humo empieza á salir por el techo del centro)

VIAJ. Cualquiera se arriesga á salvarla!

RAIM. Yo! (Sale precipitadamente por la izquierda donde crece la humareda).

COM. Bravo corazón! (Al Mayordomo). Encárguese del mando de esa chalupa!

TAV. (Por la escalera de la derecha). Nadie! Ni el señor Revel, ni su hija!

COM. La señorita Isabel quedó en el salón de lectura... Pero no falta un héroe que sea rriesgó yendo en su socorro!..

TAV. Quién? Quién ha ido...

COM. El Sargento Blandin!

TAV.	Él! (Raimundo aparece por la izquierda. Trae á Isabel desvanecida en sus brazos. La recuesta sobre un banco).
COM.	Muerta?
RAIM	No... no... Respira!
TAV.	Abre los ojos!
MAYOR.	Pronto, pronto... embarcad.!..
ISABEL	(Abriendo los ojos). Y mi abuelito? Donde está?
MAYOR.	En alguna otra lancha.
COM.	Se salvará como usted! (El Mayordomo hace que pase Isabel, sosteniéndola).
TAV.	Venga usted... por aqui, Isabel!
MAYOR.	(A Taverny). Pronto! aún hay un lugar!
VOCES	(Dentro de la chalupa) No, no! Somos bastantes!
MOUR.	Se hundirá la chalupa! No...
COM.	(A Raimundo). Embarque usted, sargento!..
RAIM.	Y usted, Capitan?
COM.	Yo el último! Es mi deber! Vamos! (Imperativo).
RAIM.	Obedezco! (Va á bajar. El Conde aparece por la izquierda. E traje en desorden).
COM.	Señor de Revel! Le creia á usted embarcado!
CONDE	Y mi hija?.. La busco por todas partes ¿dónde está?
COM.	En salvo!
CONDE	Ah... (Con alegría).
COM.	Pero usted... Pronto! á la última lancha!! Reúnase usted con el señor Taverny é Isabel! (El Conde obedece. Raimundo desapareció de escena. Rumor en la chalupa).
VOCES	No! no! No más!
INGLES	No hay sitio!..
TODOS	Nadie!
COM.	Oh! La embarcación está completamente llena!.. Es verdad!
ISABEL	Abuelito! (Dentro).
CONDE	Isabel! Hija mía! sálvate con tu prometido! Yo soy un pobre viejo!..
RAIM.	(Reapareciendo por la compuerta). Ocupe usted mi sitio, señor de Revel!..
CONDE	Cómo... su sitio..? No!
RAIM.	Usted tiene dos hijos... una familia... Yo... nada! ni á nadie!!
ISABEL	Ven... ó moriré contigo!!
RAIM.	Decídase usted, por ella!
COM.	Vamos... pronto!..
CONDE	(Al pasar á Raimundo). Gracias... Raimundo..! (Baja).

COM. (*Hablando con los de la chalupa*). No es posible salvar al sargento Blandin? Al soldado heróico?

TODOS (*Dentro*) No! no!.. (*Grandes voces*).

COM. Ah!.. Cortaron la amarra! Cobardes!!..

RAIM. Y bien, no impórta! moriremos juntos.

(*Gran llama en la escalera del comedor. La humareda aumentó. El Comandante se acerca á Raimundo y le aprieta la mano en silencio*)

TELON

CUADRO SÉPTIMO

Habitación modestísima en casa de *Paulina,* ventana que dá sobre los tejados con tiestos de capuchinas y guisantes de olor. Puerta al fondo que dá á la meseta de la escalera. Puerta á la izquierda que guía al interior. Mueblario muy probre, pero muy limpio.

ESCENA PRIMERA

GERMANA, ENRIQUETA, ANATOLIO

ENR. De modo que su mamá no sabe nada?

GERM. (Enjugándose los ojos). Nada, amiga Enriqueta. Ayer noche, antes de acostarse, marcó en el calendario con alegría infantil, el día que acababa de transcurrir, último que la separaba de Raimundo, puesto que la vuelta de este estaba fijada para el siguiente. Y esta mañana apenas se ha levantado con los ojos radiantes de contento exclamó: ¡Hoy, Germana! Hoy vuelve!!

ENR. Cómo ocultarle por más tiempo la triste noticia?

ANAT. Dos dias hace evitamos que lea los periódicos... pero hoy, aún vienen ocupándose de la catástrofe del vapor "Villa del Blidah".

GERM. Y pensar que desde hace dos meses éramos aqui felices...

ENR. Si: desde que aquella joven les ayudó á ustedes en los Campos Elíseos, su socorro trajo la tranquilidad á esta casa. Encontró usted trabajo y su madre la salud.

ANAT. De todas maneras sería preferible prevenir á la señora Blandin á consentir que reciba el golpe por sorpresa.

ENR. Esperemos un poco más. Quién sabe si queda alguna esperanza?

GERM. (Con un periódico en la mano). Cuál? Si desde los botes vieron irse á pique el barco convertido en inmensa hoguera... sabiéndose que solo quedaron á bordo mi hermano y el Capitan... Ah! Es horrible!

ENR. No lo niego!.. pero hay... restos que flotan y sobre los que puede salvarse un náufrago... ¡Dios sobre todo!.. Y tu, Anatolio, di algo... hombre... no se te ocurre nada?

ANAT. Pero si hablas por los codos! Todo te lo dices tú!

GERM. Escuche usted, Enriqueta. Mientras que mamá descansa, volveré al despacho de la Compañía Marítima. Quieren ustedes permanecer aquí hasta mi vuelta, por si mamá despierta?

ENR. Con mucho gusto, señorita. Mi marido y yo, estamos á su disposición.

GERM. Cuando yó vuelva, si no traigo alguna buena nueva le enteraremos de la desgracia. (Oyese, dentro, cantar, voz de hombre).

ENR. (A Anatolio). Oyes!

ANAT. Es el sastre de al lado que canta.

ENR. Anda y ciérrale el pico. Dile que guarde su romanza para la boda de su hermana

ANAT. Pero...

ENR. Anda, anda!

ANAT. Bueno! voy. (Vase).

GERM. (Poniéndose el sombrero). Cuando se despierte mamá, si pregunta por mi, le dice usted...

ENR. Le diré que ha ido usted por la labor.

GERM. Eso es. Y sobre todo, ¡nada de periódicos!

ENR. Descuide. (Tomándo un periódico rompiéndolo y quedándose los pedazos en el bolsillo)! Ve usted? Esto es lo que hago yo con la libertad de la prensa!

ANAT. (Volviendo) El sastre dice que él paga el alquiler del cuarto y puede cantar lo que le venga en gana.

ENR. Y no te has echado encima de él?

ANAT. Ya estás buena tú... Es más alto que yo!..

ENR. Espera un poco; verás tú si le cierro yo la caja de la música!

GERM. Dejele usted. El hombre es efectivamente libre...

ENR. Si, si!.. Cantar al lado cuando aqui se llora! (Enriqueta sale detrás de Germana).

ESCENA II

ANATOLIO solo: luego ENRIQUETA

ANAT. Esta Enriqueta con su caracter acabará mal... de seguro! El sastre está en su derecho y la va á escarmentar (El canto interno cesa de pronto. Ruido de altercado). Ya empieza el escándolo! (Ruido de bofetadas). Una bofetada! Ay, ay! Enriqueta va á ganarse una tunda soberana! El sastre le va á sentar las costuras! Despues de todo las bofetadas le modificarán su carácter... Es bastante soberbia! (Ruido de bofetadas). Y esa bofetada, también ha sido soberbia! Ea! no puedo tolerar que apaleen á mi mujer! (Vá hacia la puerta; Enriqueta aparece).

ENR. Ya está!

ANAT. Si, ya está! Te abofeteó!

ENR. Si eh? Soy yo quien le ha puesto la cara como un tomate.!.. Vaya! A que no canta más!

ANAT. Eres atroz!..

ENR. Eh? Yo atroz?

ANAT. A mi no me chilles!.. Soy... (Separándose). Tu marido!

ENR. Bastante lo siento..!

ANAT. Más lo siento yo!

ENR. Por qué!

ANAT. Porque antes era el amo y desde que me casé contigo, soy el criado!..

ENR. Así comprendo yo el matrimonio!

ANAT. Pues la mujer debe obedecer al marido! Napoleón lo dijo.

ENR. Cá! Josefina no lo hubiera permitido.

ANAT. Que sí!

ENR. Que nó!

ANAT. Bueno! Basta de historias! me divorciaré!

ANAT. A que nó!
ANAT. Me marcho!
ENR. La del humo!
ANAT. Adios... Léjos de Francia!
ENR. Buen viaje!
ANAT. Adios! (A la puerta).
ENR. Cuando volverás?
ANAT. Cuando me parezca! (Muy digno)
ENR. Bueno!.. pero no tardes, eh? (Anatolio sale furioso).

ESCENA III

ENRIQUETA, luego PAULINA

ENR. Habrá despertado á la señora Blandin!. Lo dicho! .

PAUL. (Por la izquierda). Ah! Estaba usted aqui, Enriqueta?

ENR. Sí, señora. Germana me pidió que estuviera aquí hasta su vuelta. Ha ido á recoger la labor.

PAUL. (Alegre). No había necesidad de molestar á usted. La alegría que siento por que va á llegar mi Raimundo, ha hecho más que todas las medicinas. (Mirándose al espejo). Ve usted? Hasta tengo colores...

ENR. Si, que tiene usted buen aspecto...

PAUL. No iba á recibir á mi héroe con el semblante mústio de las últimas semanas! Pero, no le parece á usted que este cuarto resulta triste?

ENR. Cómo?

PAUL. Sí: y voy á apedir á usted un nuevo favor: Estamos en la época de las flores y no cuestan caras. Recuerda usted cuanto le gustaban á Raimundo... Cuándo vivíamos en la calle de "Lafayette?

ENR. Es verdad!

PAUL. No soy rica... pero tome usted dos francos. ¿Quiere hacerme el obsequio de comprarme un ramo? Quiero ofrecerlo á mi Raimundo...

ENR. Ya lo creo! (Se le saltan las lágrimas).

PAUL. Tiene usted algun *diario* Enriqueta?

ENR. No, señora... Mi marido se llevó el nuestro... Como que no he podido leer el folletin.

PAUL. (Buscando.) Germana se olvidó de comprar el periódico... Quiero ver la sección donde viene lo llegada de los barcos, porque me extraña no haber recibido ni un telegrama.

ENR. Ahora vuelvo con las flores! (Desdichada). (Vase).

ESCENA IV

PAULINA, luego CRISTIAN

PAUL. (Asomándose á la ventana). Hace buen día! El sol parece que tambien quiere festejar la vuelta del viajero. Reunidos los tres, nos estrecharemos y podremos hacernos la ilusión, de que somos felices, ya que en la vida hay que contentarse con migajas de dicha (Se siente) A Isabel la debemos la nuestra. La hermana salvó á la hermana. (Llaman). Llaman? Será el telegrama?.. Ó tal vez el mismo Raimundo. Ah! ¡Qué deprisa me palpita el corazón!.. (Va á la puerta y abre)

CRIST. (Desde el quicio). La señora Blandin?.. (Reconociéndola). Ah! Perdone usted!

PAUL. Usted, señor Cristián?

CRIST. Señora, encontré abajo á Enriqueta, su antigua dependiente.

PAUL. Si Enriqueta...

CRIST. He hablado con ella un momento y me ha dicho que podía ver á usted aqui

PAUL. Comprendo... Viene usted.. por Raimundo... verdad?

CRIST. En efecto, por Raimundo...

PAUL. Ha querido usted venir á abrazarle á su regreso, sabiendo la sublime conducta que en el Baira le coronó de gloria! Verdad, que ha sido un héroe?

CRIST. Un héroe... si señora!

PAUL. Ah! Que placer experimento oyéndole á usted. Le harán justicia todos y usted el primero; se lo referirá usted á Isabel... á su hermana, la señorita Isabel, verdad? á su abuelito...

CRIST. Ya lo saben!. (Grave).

PAUL. Ah! mejor que mejor!.. Soy feliz... Le estoy esperando de un momento á otro. Figúrese, cuando usted llamó creí que era él. Ha hecho

usted muy bién en venir... Qué alegría va á causarle hallarle aqui. Y usted tambien se alegrará por que le quiere mucho, verdad?

CRIST. Ya lo creo! y sin embargo usted nos separó prohibiéndo á Raimundo que frecuentára mi amistad! Por qué? (Dulce expresion de reproche).

PAUL. La posición de ustedes dos, eran distinta!

CRIST. (Tímidamente). Esa es la verdadera causa?

PAUL. Qué quiere usted decir?

CRIST. Ah señora... me permite usted hablar, con el corazón... con franqueza... y preguntar á usted tambien?

PAUL. Preguntar...

CRIST. Respetuosamente! Tímidamente! acerca de un descubrimiento que acabo de hacer?

PAUL. Un descubrimiento?

CRIST. La habitación de mi padre Juan de Revel, contiene libros de los que leía en su tiempo. Ayer abrí uno que yo nunca había leido. Entre sus hojas encontré un retrato.

PAUL. Un retrato?

CRIST. La fotografía de una joven hermosa, sonriente... En el reverso del retrato hay estas palabras escritas, con tinta amarillenta ya: *A mí Juan adorado, su siempre querida Paulina.*

PAUL. ¡Dios mio! (Aparte vivamente emocionada)

CRIST. Podía dudar un momento al ver el retrato que me encontraba delante de la imágen de mi madre? De la tan querida como venerada de mi corazón?.. Entonces á fuerza de contemplar tan puro y dulce semblante... crei... lo extrañará usted ¿verdad? Creí... que ya la había visto!

PAUL. Si?.. (Balbuciente). De veras?..

CRIST Señora... véala usted! (Le enseña el retrato). Vea usted estos rasgos, medio borrados por el tiempo... En ellos me parece descubrir otros también dulces... también puros, si bién pálidos y marchitos por el sufrimiento... y las lágrimas ...Mírese usted en un espejo... y respondame...

PAUL. Señor!..

CRIST. Ah!.. sin duda se parece usted á esta mujer. También se llama usted Paulina como ella. (Muy dulce, humilde y persuasivo). Si, tal vez estoy loco... ¡es posible! Pero yo... suplico á usted que tenga piedad de mi locura!. Señora! Es mi madre?.. (Juntando las manos suplicantes).

PAUL. (Con supremo esfuerzo, dominándose). Yó?.. ah! Es una locura lo que usted supone... Es una coincidencia de nombres... Este retrato, mírelo usted bién, puede ser que tenga cierto parecido conmigo en algunos de sus rasgos!.. pero esto es todo!.. Le aseguro á usted que la pretendida semejanza no existe mas que en su imaginación!...

CRIST. No... no!

PAUL. Y aún cuando existiera? ¿Qué probaría? ¿Puede haber alguna relación entre Paulina Blandin y la aristocrática jóven qué Juan de Revel debió elegir para compañera de su vida?

CRIST. Con motivo del casamiento de mi padre, hubo en nuestra familia grandes disentimientos. Mi abuelito me lo dijo. Aqui pudieron tener su origen.

PAUL. (Creciendo en angustia). Veamos!.. Caballero... Cree usted que si yo tuviera un hijo como usted, no sería feliz abriéndole los brazos? Usted habla de su abuelito. Pregúntele usted y no le cabrá duda alguna! Le contestará que yo no formo... que no he formado parte de su familia!

CRIST. Bién! Dirigiré á usted la misma pregunta que á él le hice. (Mirándola fijamente). Júremelo por mi padre!..

PAUL. Ah! yo... yo...(Bajando la vista).

CRIST. Porqué tiembla usted?... Porqué sus ojos no se atreven á mirarme frente á frente?..

PAUL. Que no me atrevo... á mirarle?.. Vé usted? (Trata de mirarlo y sostener la mirada pero en vano).

CRIST. (Triunfante). Vé usted?.. Escúcheme ! Hay aqui un misterio que no puedo comprender. Al propio tiempo que niega enérgica y desesperadamente que es mi madre... hay algo que protesta contra sus palabras... Su alma desmiente lo que sus labios afirman. Habla

ba usted de Raimundo hace poco, de su heroismo que justamente entusiasma á usted... Pero no ha pensado usted más de una vez, temblando, que podía no volver en su vida!.. Y entonces, no hubiera sido un consuelo.., Es dificil consolar á una madre cuando pierde un hijo: no hubiera sido un lenitivo á su dolor, el pensar que le quedaba otro hijo?.. Otro hijo á quien estrecharía usted contra el pecho, y el cual se arrojaría en esos brazos... murmurando á su oido: " Madre, madre mía, seca tus lágrimas... Si... la vida es cruel, amarga... pero no es tan grande tu desgracia... por que yo... aún te puedo abrazar! madre mia!"

PAUL. Ah! Hijo mío! (No pudiendo resistir más. Como fuera de sí abre los brazos á Cristián que se precipita llorando sobre su madre)

CRIST. (Pausa conveniente). Cuando me decían que habías muerto... lo dudaba, pareciéndome imposible!

PAUL. (Sin dejar de estrecharle). He luchado tanto, que me faltan las fuerzas para negarte!.. No he podido resistir más!

CRIST. Pero dime... ¿Qué catástrofe ha podido aislarte... porqué desapareciste... renunciando á tu nombre y á tus hijos?

PAUL. Una acusación indigna de la que no pude justificarme... siendo inocente, ¡te lo juro!

CRIST. No puedo dudar de tí ni un segundo!

PAUL. Gracias, mi Cristián! Hijo mío! La fatalidad se cebó en mí. Tu abuelo. el Conde, me separó... de vosotros... amenazándome con revelar la falta, la vergüenza de que me creyó culpable... y que me amordazaba...

CRIST. Yo te ayudaré, madre mía, á buscar las pruebas de tu inocencia. Los obstáculos que tú sola no pudistes vencer, entre ambos los salvaremos!..

PAUL. Si, si! Todo lo sabrás cuando volvamos á vernos...

CRIST. Es que no quiero abandonarte!

PAUL. Es preciso! Es indispensable que vuelvas al lado de Isabel y de tu abuelito..

CRIST. Quince años hace que estoy con él... Apenas media hora he pasado contigo!..

PAUL. Oyeme! Por mi... por vosotros, te ruego que guardes este secreto... Necesitamos tiempo para ponernos de acuerdo... para explicar á Germana lo ocurrido... Ven mañana... pasado... siempre, y aqui nos amaremos á hurtadillas... Si! hijo mío!

CRIST. Madre... te obedeceré.

PAUL. Y á penas veas á Isabel... abrázala con más cariño que de costumbre! abrázala por los dos.

CRIST. Tú haz lo mismo con Germana... ¡Ah! por fin! Puedo reir, ser dichoso... vivir! Tengo una madre como los demás!.. Madre mía! (La abraza de nuevo. Se oye rumor).

PAUL. Vienen... Es Enriqueta... mi amiga... que vuelve...

CRIST. Entonces... soy el desconocido! La etiqueta se impone!.. (Entra Enriqueta. Cristián saludando ceremoniosamente á Paulina:) Señora, Blandin... á las piés de usted.

PAUL. Para servirle, caballero. (Vase Cristian).

ESCENA V

ENRIQUETA, PAULINA

(Enriqueta trae un gran ramo de rosas rojas).

ENR. Aquí están las flores, señora.

PAUL. Son preciosas!

ENR. Verdad que si!.. Es una locura, pero tampoco todos los días se recibe á un hijo que viene de tan lejos como el suyo!

PAUL. Y el periódico, se acordó usted Enriqueta?

ENR. El periódico? Si; si, señora! (Saca el periódico que había hecho trozos en la escena tercera). aqui está!..

PAUL. Enriqueta!.. Hecho pedazos?!

ENR. Si, como se merece! Y no tengo mas que un sentimiento: el de no poder reducir al que lo escribe á pedazos mas menudos.

PAUL. Es posible?.. Por qué causa?

ENR. Creimos haber sufrido una pérdida irreparable!..

PAUL. Dios mío! Raimundo...

ENR. Hubo en el vapor que le traía á bordo, un incendio... pero él está completamente sano y salvo. (Señala á la puerta).

PAUL. Dónde, dónde está? (Corre hacia al fondo).

ENR. Señora... Dele usted tiempo para subir la escalera! (Abre: aparece Raimundo, y se abraza á Paulina).

ESCENA VI

Dichas, RAIMUNDO y GERMANA

PAUL. Raimundo! Hijo mío!

RAIM. Madre!

PAUL. Raimundo!.. Cuenta...

RAIM. Al irse á pique el vapor me crei perdido... Pero los remolinos, en vez de tragarme, me arrojaron lejos. El incendio mismo había esparcido los restos del barco sobre las olas. Pude agarrarme á uno de los maderos flotantes, y al amanecer, una barca pescadora de Mallorca, viendo mis señales desesperadas me recogió.

ENR. Cómo yo le dije á usted señorita. He leído tantas novelas en que los héroes se han salvado lo mismo que Raimundo!..

RAIM. Pero, madre, Germana me ha contado el caritativo comportamiento de Enriqueta.

ENR. Si yo... no!..

GERM. Todos quieren ocultar sus méritos. Lo mismo que Raimundo, que no le dice á mamá que ariesgó su vida para salvar al Conde de Revel.

PAUL. Tú, por el Conde.?

ENR. Después de haberse expuesto por la señorita Isabel, arrancándola de las llamas...

PAUL. También salvaste á Isabel? Su abuelito debió manifestarte su gratitud...

RAIM. Si... asi cómo el prometido de Isabel!

PAUL. Qué dices? Isabel se casa?

RAIM. Dentro de pocos dias será la Baronesa de Taverny?

PAUL. De Taverny?

RAIM. Dentro de poco se verificará la boda.

PAUL. No! no! Ese sacrilegio no se realizará!

RAIM. Y quién podrá impedirlo?

PAUL. Yo!

GERM.
RAIM. } Tú, madre?..

PAUL. Mi sino fatal me hizo bajar la cabeza hasta hoy!.. álcese para defender el porvenir y la felicidad de mi hija!...

GERM. Tu hija?

RAIM. Cómo?

ENR. Señora... será usted entonces la esposa del señor de Revel?

PAUL. Si... soy la esposa de Juan de Revel... Víctima de una odiosa calumnia. Todo lo sabreis hijos míos y ya me juzgareis!..

ENR. Es usted entonces, quien hace diez y seis años vino una noche al hotel de Sicilia á visitar á un enfermo llamado Andrés Cherás?

PAUL. Que no era tal Andrés Cherás, sino Enrique Megret... tu padre! (A Raimundo). Pero cómo sabe usted eso, Enriqueta!

ENR. Porque yo estaba alli aquella noche y la vi á usted.

PAUL. Desde aquella fecha aciaga cayó sobre mi la maldición...

RAIM. Y no pudiste alcanzar la prueba de tu inocencia?

PAUL. No! pero ahora lucharé..! Lucharemos, sin demora! (Tomando su sombrero).

GERM. Madre... ¿dónde vás?

PAUL. (Resuelta). Voy al hotel del Conde de Revel! A aquella casa de la que fuí arrojada... á reivindicar mis derechos de madre! á proteger á mi hija!

TELÓN

CUADRO OCTAVO

La biblioteca del Hotel de Revel. El mismo decorado que en el *tercer cuadro,* algunas variantes en el mueblario y en la disposición del mismo.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, luego TAVERNY

ISAB. (Pensativa). Le hablé con dureza... con altivez! Algunos minutos más tarde, le debía la vida y la de mi abuelito... Y ha muerto! (Brevísima pausa, en voz baja, como si temiera ser oida). Me consagraba su amor. Lo adiviné! (Queda abstraída).

TAV. Buenos días, querida Isabel!

ISAB. Ah! (Como si despertase de un sueño). Perdone usted. No había notado su presencia... Estaba abstraída pensando..?

TAV. (Galante). En nuestro porvenir dichoso?

ISAB. (Franca). No. En el que me salvó la vida, permitiendo que nuestro porvenir se realice. En él... que ya ha muerto.

TAV. En el señor... Megret. Pues bién querida Isabel, traigo una notícia, una dichosa nueva que comunicar á usted respecto de esto... Megret se salvó!

ISAB. Se salvó. El! Ah, que felicidad!... No tiene usted idea de la alegría que siento. (Llevándose la mano al corazón).

TAV. Si! Ya lo creo, y lo comprendo.

ISAB. Verdad? Imagine usted qué remordimiento el mío... al ver que mi vida y la de mi abuelito habrían costado la de aquel joven. Creo que nunca se hubiera apartado su imágen de mi alma!

ESCENA XV

Dichos. y El CONDE de Revel luego FERMIN

ISAB. (Corriendo hacia el Conde). Abuelito!... Conoce usted la buena noticia?

CONDE Si, hija mía.

ISAB. Iremos, verdad, iremos á ver á nuestro salvador á darle las gracias, y á decirle cuánto celebramos su propia salvación.

CONDE Con mucho gusto... !hija mía! Y Cristián, aún no ha vuelto?

ISAB. No... sin duda supo que su amigo se hallaba sano y salvo... Por eso habrá salido tan temprano... y no ha vuelto á almorzar. (Entra Fermin).

CONDE Que hay, Fermin?

FERMIN (A media voz). Señor, es la persona... de otras veces... la que el señor Conde nos prohibió recibir... Insiste enérgicamente diciendo que las circuntancias son tales que hoy el señor Conde no rehusará su visita.

CONDE Vendrá sin duda por causa de Raimundo... En efecto la recibiré... (Al criado.) (A Isabel). Hija mía. Tengo que ver á cierta persona ¿quieres ir con tu prometido á dar una vueltecita por el parque..?

ISAB. Bien! Pero no olvide usted que nos ha prometido llevarnos á la exposición del círculo.

CONDE Convenido!.. Mas tarde! (Isabel y Taverny salen por la derecha. Fermin aparece en el fondo). Que pase! (Fermin indica que entre Paulina y se vá).

ESCENA III

EL CONDE, PAULINA

PAUL. Señor. Después de cuánto sucedió hace tiempo aqui mismo, debe usted imaginar que no vuelvo sino por razones imperiosas. He sabido que se hallaba usted á punto de casar á Isabel.

CONDE En efecto!

PAUL. Sé que el prometido esposo es el Barón de Taverny?

CONDE Veo que está usted bien informada.

PAUL. Tratándose de la felicidad de mi hija, vengo á ocupar cerca de ella el lugar que me corresponde.

CONDE Y usted se atreverá?

PAUL. (Interrumpiendo). Me atrevo á todo con tal de impedir que mi hija sea la mujer del miserable que usted le destina para marido.

CONDE (Irónico). Permítaseme al menos saber qué crimenes ha cometido el Barón?

PAUL. Pregúnteme usted más bién, qué crimenes ha dejado de cometer el Señor de Taverny siendo como es el más cobarde y vil de los hombres. Mi hija uniéndose á él, sufriría durante su vida seguramente más que su madre.

CONDE Todo eso, señora, son palabras. Formule usted una acusación, real, positiva!

PAUL. Sea! Yo acuso al señor de Taverny de haber hecho condenar á un inocente... en lugar suyo. El robo de la casa de banca de Favet no lo cometió Enrique Megret... sino el Barón de Taverny!

CONDE (Sobresaltado) De veras?. Y en que funda usted esa extraña recriminación?

PAUL. Mi hermano, antes de morir, me designó el culpable.

CONDE Su hermano? No basta afirmar... hay que probar las afirmaciones!

PAUL. Pues bien. El Barón de Taverny tiene otras villanías sobre su conciencia! Sepa usted

que aún viviendo su hijo Juan de Revel, mi marido, Taverny, el falso amigo, solo trataba de hacerle traición. Al día siguiente de la muerte de Juan, principió su persecución trás de mi. Como yo le rechacé con tanta indignación siendo viuda, como de casada, el cobarde se convirtió en mi enemigo mortal. Hoy quiere unirse á mi hija... Si usted no se opone á esa monstruosidad, yo me opondré con todas mis fuerzas!.. Para eso he venido aquí!

CONDE Y cómo logrará usted oponerse?

PAUL. Para que una hija se case es preciso, ante todo, el consentimiento de su madre.

CONDE Olvida usted que mi nieta es mayor de edad desde hace dos meses.!

PAUL. Los requerimientos é informes son necesarios...

CONDE Se practicaron en el último domicilio conocido de la madre de Isabel, ante la ausencia comprobada de la Condesa de Revel, el Juez de Paz ha procedido con arreglo á la Ley!

PAUL. Lucharé contra la Ley!

CONDE Inutilmente!

PAUL. Lucharé contra todos, para librar á mi hija de ese hombre! No quiero que ese casamiento se realice, y no se realizará.

CONDE Para impedir este casamiento se necesitaría una razón poderosa, un impedimento que... no puede existir!..

PAUL. (Con impetuosidad). Pues bien! Si señor... El impedimento existe!.. El Barón de Taverny... ha sido mi amante! Le dará usted ahora mi hija?

CONDE Taverny... su amante?

PAUL. Mi amante... si! si! si!

CONDE En efecto... señora, es el único obstáculo que puede cambiar mi resolución.

PAUL. (Aparte). (Salvé á mi hija).

CONDE (Desdeñoso). Y tal mujer lleva nuestro nombre! (Yendo al fondo y llamando). Señor de Taverny!. (Sube al fondo).

PAUL. (Sola en el procenio). Todos los sacrificios, las humillaciones más vergonzosas por salvarla!..

CONDE Señor Barón... (Llamándole).

ESCENA IV

Dichos, TAVERNY (viendo á Paulina).

TAV. Señora...

CONDE Una revelación acaba de hacérseme por esta señora que convierte en irrealizables los proyectos de boda pactados entre usted y mi nieta Isabel.

TAV. Cómo?.. El matrimonio... y porqué? porqué?..

CONDE Señora... tiene usted la palabra... puesto que el señor Barón exije que se diga...

PAUL. El porqué? Quiere usted saberlo?

TAV. Ya lo creo!

PAUL. (Con esfuerzo). La conciencia del señor de Taverny, no le dicta que un hombre no puede ser el marido de una joven... después de haber sido...

CONDE Acabe usted, señora.

PAUL. Deepués de haber sido el amante de su madre?..

ESCENA V

Dichos, CRISTIÁN y ENRIQUETA

CRIST. (Precipitándose por el fondo). Abuelito...No lo creas!

CONDE Cristián! Que quieres? qué pretendes?

CRIST. Vengo á defender á mi madre!..

CONDE Cómo sabes?

CRIST. Tomo el puesto de mi padre, junto á ella... para protegerla hasta derramar la última gota de mi sangre. Ved en mí á Juan de Revel!

CONDE Habla.

CRIST. Si usted ha condenado al más doloroso martirio á la mujer que tiene delante, es por que á pesar de sus protestas desesperadas no pudo mostrar la prueba de su inocencia! Hoy el verdadero Andrés Cherás sale de su tumba para probar que el hombre moribundo

al lado del cual lloraba mi madre hace quince años, era Enrique Megret, su hermano. (A Enriqueta). Hable usted, señora...

ENR. Pues bien: Algunas horas despues de la muerte del viajero del hotel de Sicilia, en medio de la soledad de un llano de Bélgica, entre los vagones deshechos y los cadáveres... un hombre agonizante antes de expirar... tendía con suplicante ademán un sobre á dos desconocidos que se habían salvado en la catástrofe... Aquel sobre contenía dinero en billetes del banco... iba dirigido por el amigo que partía lejos... mas lejos de lo que imaginaba... al amigo que tambien había desaparecido. Los dos desconocidos que recogieron el sobre con los valores, eran pobres... no pudieron sustraerse á la tentación... y guardáronse el dinero... y la carta. El moribundo se llamaba Andrés Cherás... consta en su carta... Héla aquí!

CONDE (Leyéndola rápidamente). Inocente!.. era inocente!.. (Mirando á Paulina compasivamente).

ESCENA VI

Dichos: ISABEL, RAIMUDO, ANATOLIO y GERMANA.

ISAB. No solo eso, abuelito!

TAV. Usted!

CRIST. (Señalando á Isabel y Germana). Juntas las dos! mire usted, madre, juntas las dos.

ISAB. Ruego á usted que escuche al señor Megret...

TAV. Ah! ah!.. Parece que el señor recobró su nombre. (Burlón).

RAIM. (A quien el Conde indicó con el ademán que hablase). Señor. Hace pocos días dije á usted que mi padre era inocente. Hoy vengo ante usted á desenmascarar al culpable. Hélo aquí! (Designando á Taverny).

TAV. (Siempre burlón). Ah! ah! Supongo que traerá usted algo más que las palabras en apoyo de la acusación.

ANAT. Tranquilícese usted, nosotros no nos embarcamos sin lastre.

RAIM. (Al Conde), Señor, las pruebas que el señor de Taverny reclama, un amigo, durante su ausencia, las ha recogido para mi!

ENR. Tú, sin saberlo yo? (Bajo á Anatolio).

RAIM. Algunos días antes del robo el Barón de Taverny recibía una carta de su banquero, el señor Gerardet, apremiándole para que reembolsase, *setenta mil francos*, por los que se hallaba en descubierto. Al día siguiente otro de los prestamistas ordinarios del señor de Taverny, llamado Garville, le reclamaba á su vez, *Ochenta y cinco mil francos*, amenazándole con el embargo. He aqui la reproducción de estas peticiones, copia de las cartas de dichos señores. (Se las entrega al Conde).

TAV. Que prueba eso? Que yo debía dinero? Lo he debido toda mi vida!

RAIM. (Impasible)! Cinco dias mas tarde *cuatro cientos mil francos*, faltaban de la caja, confiada á mi padre... y al día siguiente, el señor de Taverny que, la misma mañana había pagado á Garville, depositaba en la banca de Gerardet, una suma de *tres cientos mil francos*, como lo atestiguan estas copias, fotografiadas de las dos casas. (Las entrega al Conde).

TAV. Que me coloquen frente á un tribunal y contestaré.

RAIM. Mañana se entregará en la audiencia una demanda de revisión del proceso de Enrique Megret... mientras tanto, usted y yo nos hallamos delante de un tribunal de gente honrada cuya sentencia acepto de antemano, fallo que usted como *noble* caballero... no debe despreciar!

PAUL. Ah! Raimundo mio!.

CONDE (A Taverny). Señor Barón, creo que debe usted justificarse.

TAV. No tengo más que responder, que si el 23 de Octubre no tenia yo dinero, el 29 lo encontré.

RAIM. Cómo?

TAV. En el juego! Puede probarse que en aquella fecha gané sumas enormes...

RAIM. (Al Conde). Señor Conde... quiere preguntar al

señor de Taverny en dónde jugó, en qué club, en qué casa?

CRIST. Y el nombre de los compañeros, á los cuales ganó aquellas sumas?

TAV. (Empezando á perder la serenidad). Me falta tiempo para recordar... Pronto lo diré ante los jueces.

RAIM. Como usted quiera.

ENR. Ahora verás (A Anatolio, (alto). Sentiría ofender al señor Barón, pero yo tengo un testigo contra él!

CONDE
TAV.
ANAT. } Un testigo?

ENR. Oh, no es un Senador pero vale tanto en su clase... Es un simple mozo de café.

ANAT. Eh?

ENR. Uno de los que tuvieron el honor de servir al señor Barón y sus convidados en el famoso banquete del Café Inglés, la misma noche del robo, y á cuyo festin asistió el difunto Enrique Megret...

ANAT. (Tu nunca me dijiste...) (Bajo).

ENR. Seducido por una conversación sorprendida durante la cena, mi testigo tuvo la indiscrción, cuando el señor Barón salió del restaurant, de saltar y agazaparse detrás del coche en que aquél iba. Afirma que una hora mas tarde, tambien agazapado en la escalera, le vió á la luz temblorosa del gás, cerrar la puerta de la casa de Banca guardándose en el bolsillo fajos de billetes...

TAT. (Olvidándose). Imposible! Si no había luz!..

ENR. (Vivamente haciendo una reverencia). Gracias por la confesión... señor de Taverny!.

TAV. Oh!

ENR. No... no había luz de gás... pero... camarero de café... tampoco!

ANAT. Ah! picara! Me he casado con *una policía* innata! Vaya un lazo bien tendido!

CONDE El nombre de mi antiguo amigo deshonrado!.. Su hijo... en el banquillo de los ladrones!

RAIM. (A Taverny en tono severo). Yo vengo de un regimiento, señor, á cuyos soldados no se les pide cuenta ni de su nombre, ni de su pasado, y donde los que han *vivido mal...* tienen el recurso de ir á *bien morir*!.

TAV. (Resuelto), Sea! (Vase).

CONDE (Muy conmovido, á Raimundo). Señor Megret... Ayer me salvó usted la vida... hoy me salva la honra!.. ¿Cómo pagarle?.. (Le dá la mano estrechando la suya con efusión).

RAIM. (A Isabel). Alguien me inspiró el valor para realizar las que ustedes califican de heroicidades!

CONDE (Atrevesando la escena vá lentamente hacia Paulina). Señora, pequé contra usted por orgullo!.. por orgullo también la arrojé cruelmente de nuestra casa. Hoy en público, declaro mis errores! Yo no quería que fuese usted *una Revel...* y de todos cuantos hemos llevado tal nombre, ninguno fué tan digno, tan noble, tan acreedor á llevar nuestro apellido como usted! Asi, pues... (Temblando cae lentamente á sus piés). Hija mia! Tu padre, te pide perdón!

PAUL Oh! señor! (Paulina levanta al Conde ocultando su rostro, lloroso en el pecho del anciano Revel que la abraza tiernamente).

ENR. Al fin llegaste á ser un hombre honrado... esposo mio!..

ANAT. Creo que ya puedo romper la hucha aquella ¿eh?

ENR. No hay inconveniente.

PAUL. La alegría inmensa de poderos llamar *mis hijos* á la faz del mundo, compensa con creces todos mis pasados sufrimientos.

TELÓN

Fin del drama

Esta obra fué estrenada con extraordinario éxito en el **Teatro Circo Español** la noche del 14 de Octubre de 1905.


3 0112 117479003